PEDRO BRIEGER

QUÉ ES AL QAEDA

TERRORISMO Y VIOLENCIA POLÍTICA

CLAVES PARA TODOS

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSÉ NUN

CAPITAL INTELECTUAL

Pedro Brieger
Qué es AL QAEDA: Terrorismo y violencia política

El nuevo enemigo

Capital Intelectual Editorial
Claves para todos
Colección dirigida por José Nun
1ª edición - # 42 / FEBRERO 2006
Conversión a libro electrónico
Indi / Indigo
ISBN: 9789871181476
Paraguay 1535 - C1061ABC
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina
Tel.: (+5411) 4872 1300

1. Introducción

Los atentados terroristas más impactantes realizados en estos últimos años en diversos puntos del planeta llevan lo que se suele denominar “la marca de Al Qaeda”. Los aviones estrellados contra las Torres Gemelas en 2001, las bombas que explotaron en Madrid

Londres, Bali o el ataque a los buques estadounidenses en Yemen en 2000 son atribuidos a una red internacional liderada por Usama Bin Laden desde algún lugar en Afganistán. Por sus características y magnitud se enmarcan dentro de lo que suele llevar el rótulo de “terrorismo”, un concepto conflictivo del cual no existe una definición globalmente aceptada y que ha desbordado las fronteras de un país o región.

Nuestro objetivo es aportar algunos elementos para comprender este nuevo fenómeno denominado “la red Al Qaeda” que no puede ser explicado por un súbito ataque de furia o locura de musulmanes incontrolables. Si éste es un fenómeno político, la explicación debe encontrarse en un conjunto de factores que lo desencadenaron, desde la caída del Muro de Berlín como representación simbólica del fin de una era y la extrema hegemonía de Estados Unidos después de la desaparición de la Unión Soviética, hasta la falta de opciones políticas por donde canalizar años de descontento y frustración en el mundo árabe e islámico, producto de una modernización inconclusa.

Las potencias coloniales, las monarquías prooccidentales y corruptas; los gobiernos nacionalistas con influencia soviética y yugoslava en Egipto, Irak y Siria o la apertura hacia el Occidente capitalista no produjeron un salto cualitativo perdurable en la vida de la mayoría de los árabes y musulmanes. Los procesos de industrialización arrancaron a miles de campesinos de su hábitat natural para depositarlos en las grandes urbes con la promesa de

inserción laboral y un nivel de vida que les permitiría progresar. Hoy una capa privilegiada que accede a la tecnología moderna y el desarrollo convive con millones de personas sumidas en la pobreza, a la sombra de gigantescos rascacielos.

Este mundo vio en el renacer islámico de los años ochenta después de la revolución iraní un referente de resistencia frente a la penetración económica y cultural de Occidente y una oposición a la modernidad como intento por preservar su propia identidad ante las imposiciones occidentales. Pero la Guerra del Golfo en 1991, la invasión a Afganistán e Irak, y la presencia militar directa de Estados Unidos en una vasta región donde nunca antes había estado profundizaron aun más la desazón y el resentimiento hacia la nación más poderosa de la Tierra, admirada y rechazada a la vez. Es este rechazo, y la falta de nuevas opciones políticas superadoras, lo que permitió que se desarrollara este nuevo fenómeno denominado Al Qaeda.

Un análisis superficial podría llevar a la conclusión de que Al Qaeda es inmaterial y está en todas partes dispuesto a lanzar una guerra global sin ton ni son, con el riesgo de que sea convertido en un instrumento por algunas de las naciones más poderosas para que éstas puedan plantear que su objetivo es el de eliminar amenazas reales o imaginarias. Aunque la existencia de esta "red" no es clara, y su estructura sigue siendo extremadamente difícil de desentrañar, una gran diferencia con los partidos y movimientos políticos hasta ahora conocidos es que los ataques se realizan en su nombre en diferentes lugares del planeta y la posibilidad de "formar parte" de Al Qaeda no parece condicionada por demasiados requisitos.

Este libro no pretende ser una biografía de Usama Bin Laden, ni una novela sobre su vida o un seguimiento de sus pasos, como ya lo han hecho muchísimos autores de todo el mundo aprovechando el "boom" mediático después del atentado a las Torres Gemelas basándose más que nada en dudosas fuentes de los servicios de espionaje que gustan de las teorías conspirativas. Tampoco es un estudio de "inteligencia" de los atentados realizados en estos últimos diez años para intentar conectarlos todos y demostrar que forman parte de una misma red, algo muy difícil de probar al no existir una estructura claramente centralizada.

Las reflexiones de este libro son la continuación de otros que

hemos escrito, como *Medio Oriente y la Guerra del Golfo* (1991), *Los últimos días de la URSS* (1991) y *¿Guerra Santa o lucha política? Entrevistas y debates sobre el islam* (1995) y numerosos trabajos publicados en libros colectivos o revistas especializadas. También, son fruto del estudio de la política internacional y sus cambios durante décadas, y muy en especial del mundo árabe e islámico.

Aunque no las citemos textualmente, en el libro están reflejadas las conversaciones e intercambios de ideas que hemos mantenido con algunas de las personalidades que más han incidido en la política internacional. Hemos discutido estos temas con un amplio abanico de personas en Teherán, Bagdad, Beirut, Jerusalén, Londres, París, La Habana y otras ciudades: con palestinos que participaron de secuestros de aviones en los setenta, líderes del Hezbolá libanés, el legendario Ahmed Ben Bella, estudiosos del islam, fundadores de movimientos guerrilleros latinoamericanos, intelectuales europeos y altos funcionarios de inteligencia de varios países, de esos que siempre prefieren mantener el anonimato.

Los nuevos fenómenos políticos suelen ser confusos y no siempre se los puede explicar de manera acabada. Al Qaeda, ¿es el nuevo enemigo?, ¿de quién? ¿de Estados Unidos o de toda la humanidad? Difícil respuesta. De todas maneras, como en tantas otras oportunidades recordamos al filósofo Baruj Spinoza, quien solía decir “no reír, no llorar, sino comprender…”

[1]

2. La importancia de la revolución iraní

Para comprender la aparición de Bin Laden en los noventa es indispensable analizar el impacto que tuvo la revolución islámica de Irán en 1979, punto de partida del ascenso de los movimientos islámicos que crecieron al calor de dicha revolución. Su posterior retroceso será uno de los factores que permitirá el desarrollo de Al Qaeda.

La revolución liderada por el Ayatola Jomeini

[2] permitió por primera vez en el siglo XX el acceso al poder político y estatal por intermedio de una revolución a un movimiento político de masas que tenía al islam como bandera política. Después de la desintegración del Imperio Otomano, la ocupación colonial de la mayoría de los países árabes, la posterior coronación de monarquías impuestas por los poderes coloniales en retirada, el fracaso al gobernar de la corriente nacionalista árabe y su cuasi desaparición, la apertura hacia Estados Unidos iniciada por Anwar Sadat y la consolidación de burguesías árabes dependientes de Occidente, la revolución de 1979 abrió un período de radicalización política con un claro signo antiimperialista en el mundo árabe e islámico.

[3]

A pesar de no ser Irán un país árabe, el derrocamiento del sha en 1979 por medio de una verdadera revolución popular tuvo un inmenso significado en el mundo árabe e islámico; en primer lugar, porque Irán comparte la religión que profesa la mayoría de los

árabes.

Es pertinente recordar que la mayoría de los árabes son musulmanes, pero que el islam se extiende fuera del Medio Oriente donde están concentrados los árabes; que el país islámico más grande del mundo es Indonesia y que países como Turquía, Irán, Afganistán tampoco son árabes. Lo árabe y lo musulmán se entrecruzan desde el comienzo de la religión islámica pues el profeta Mahoma nació en tierra árabe y el Corán, el libro sagrado de los musulmanes, está escrito en lengua árabe. Es así que las ideas predominantes de la revolución pudieron extenderse a casi todos los países árabes a pesar de que los iraníes son shiítas y la mayoría de los musulmanes son sunnitas. Las diferencias sobre la sucesión del profeta Mahoma y en cuestiones de autoridad y ley tienen su peso, y fueron un factor de tensión y conflicto al ser trasladadas al campo político.

Para Teherán, desde 1979, convertirse en faro ideológico-religioso-político y base logística de los musulmanes del mundo para su accionar político, pasó a ser un deber ineludible. El nuevo gobierno iraní se concentró en esta tarea con el objetivo de expandir su visión político-religiosa del islam, poner fin a los regímenes laicos existentes y alentar la creación de gobiernos afines.

La revolución iraní intentó presentarse como una alternativa de salvación espiritual y económica y un futuro radiante para todos los musulmanes.

El renombrado sociólogo iraní Ali Shariati, educado en Francia y opositor del sha, quien intentó combinar el islam con los ideales de una revolución social, definió de manera clara el proceso que se incubaba en Irán antes de la revolución: es “la opción de la fe”. Esta fue encarnada prácticamente por el Ayatola Jomeini y percibida -inmediatamente después de la revolución de febrero de 1979- por millones de musulmanes y árabes como un contrapoder al "american way of life". Para los pueblos que profesan el islam a principios del siglo XXI, es un medio de ser auténtico, conforma un "weltanschaung" (una visión del mundo a partir de la cual se perciben sensibilidades, historias, memorias, trayectorias y espiritualidad) en defensa de una identidad, y representa la oposición a la banalización de las sociedades capitalistas dominadas

por el consumismo desenfrenado.

Por esta razón la revolución produjo una re-politización del islam que intentó responder a la crisis de identidad -producto de la influencia colonialista primero y postcolonialista después- y la creciente pauperización del mundo árabe e islámico. Judith Miller, cuando aún trabajaba en el *The New York Times* en 1993 escribió que "desde que los revolucionarios islámicos liderados por el Ayatola Jomeini derribaron al sha de Irán en 1979 (…) incluso en aquellos países donde hay pocas posibilidades de que las fuerzas islámicas vayan a gobernar en el futuro cercano, el islam se ha convertido en el idioma de la vida, cambiando el lenguaje de la política, aspectos fundamentales de la cultura nacional y las tradiciones étnicas de larga data."

La retórica antinorteamericana -corporizada en los ataques al "Gran Satán"- fue parte de una lucha de los desheredados (*moztazafin*, según la terminología de los iraníes) del campo y las grandes urbes del Tercer Mundo en contra de Occidente que -a pesar de su imprecisa definición- representa a los países capitalistas desarrollados de origen anglosajón. Es notable la similitud del concepto de “desheredados” en Jomeini con el de los “desposeídos de la tierra” de Frantz Fanon cuando éste analizó la cultura nacional de Argelia en la lucha contra el colonialismo francés, lo que permite comprender por qué esta revolución fue bien vista en todo el Tercer Mundo, más allá de la retórica religiosa o la represión a los movimientos de izquierda.

Si el "progreso" del sha era presentado como sinónimo de abusivo lujo y posesiones materiales (automóviles de última generación, productos electrónicos, grandes casas, etc.) de los gobernantes, los líderes islámicos hacían gala de austeridad y humildad. Frente a aquellos y sus fiestas fastuosas, los teólogos al frente de la revolución aparecían con su vestimenta tradicional, sentados todos juntos sobre una simple alfombra y rezando a la par de su pueblo. La humilde casa de Jomeini en la ciudad de Qom, ahora convertida en un pequeño museo, contrasta con los varios palacios que poseía el sha en la zona norte de Teherán y que ahora son museos o parques públicos. "No es necesario ser versado en psicología freudiana o neofreudiana -escribió alguna vez Alexandre Bennigsen, profesor de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences

Sociales de París- para entender de manera intuitiva que en un medio en el que los valores culturales históricos propios son condenados, expuestos al ridículo y prohibidos mientras los ajenos son entronizados y presentados como modelo universal, los primeros devienen inevitablemente atractivos e incitan a su defensa".

El Ayatola Jomeini se presentó como un líder de masas, con un discurso antiimperialista y populista enfatizando la importancia de lo cultural, lo nacional y la reconstrucción política, por sobre la revolución socioeconómica.

Tal cual sucedió con Moscú en los años veinte, Pekín en los cincuenta, o La Habana para América Latina a comienzos de los sesenta, Teherán se convirtió en un centro de encuentro, de intercambio de ideas y de formación revolucionaria para miles de musulmanes. Los líderes iraníes, aprovechando el prestigio de Jomeini, buscaron que fuera reconocido como líder supremo de una revolución que se pretendía internacional, pero que debía seguir las pautas de la iraní.

Sin embargo, la división dentro del islam entre sunnitas y shiítas conspiró desde un primer momento para que todos los movimientos islámicos aceptaran el liderazgo iraní. De todas maneras, hay que ser muy cauto al momento de analizar una situación política a la luz de la adhesión a tal o cual corriente religiosa. Muchos medios de comunicación, periodistas y analistas occidentales, influenciados por el impacto que había tenido la revolución, definieron de manera genérica y abstracta a los shiítas como los más extremistas y violentos… hasta que la irrupción de la violencia en Argelia, Chechenia o incluso la aparición de Bin Laden, que tampoco es shiíta, desmintieron dicha aseveración. Es importante recalcar que dentro del islam existen numerosas corrientes teológicas y que en Occidente existe una obsesión por encontrar una palabra “mágica” que permita “comprender” por qué tal o cual líder religioso exhorta a la violencia y a los atentados suicidas, como si fueran patrimonio del islam.

La historia de los últimos doscientos años brinda innumerables ejemplos de violencia política que encontró en los preceptos religiosos su inspiración teórica para justificarla, pero siempre el grado de violencia fue -y es- proporcional a la situación que

atraviesa un pueblo en concreto y no a su matriz religiosa. El sufismo es considerada la corriente mística filosófica dentro del islam, que apela a la búsqueda de la espiritualidad dentro del Corán, por lo general muy alejada de la participación política, hasta que la propia realidad lo requiere, como sucedió a mediados del siglo XIX cuando la guerra de guerrillas de los chechenos en el Cáucaso contra el Imperio ruso fue liderada por Imam Shamil, un líder sufi.

No es menos cierto que la onda expansiva de la revolución iraní fue tan amplia y profunda que para contrarrestar la influencia shiíta de Irán, gran parte del mundo sunnita decidió cerrar filas y combatirla en el plano de las ideas y apoyando financieramente a grupos enfrentados con Irán. En Pakistán -donde el 85% de la población es sunnita y el 15% shiíta- la jerarquía religiosa apoyó la fundación de escuelas religiosas financiadas por los emiratos ricos del Golfo, de mayoría sunnita, sin imaginar siquiera que de allí surgirían los futuros líderes Talibán que tomarían el poder en Afganistán en septiembre de 1996 y cobijarían a Bin Laden.

Salvo algunos casos, como el del Hezbolá libanés, los reprimidos por Saddam Hussein en Irak o los líderes de Sudán, muy pocos movimientos islámicos pasaron a formar parte de la constelación iraní. Como decía en 1982 el periodista Edward Mortimer, hoy asesor del secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, "es imposible imaginar otros países musulmanes adaptando exactamente las mismas leyes e instituciones como las del Irán revolucionario, ya que éste refleja un islam específicamente iraní, que es producto de la historia iraní".

Más aun, a pesar de la notable influencia de la revolución iraní, la utilización de la violencia armada como recurso político por parte de los movimientos islámicos no es producto de la imitación del modelo iraní, ya que la revolución islámica fue una insurrección de masas que triunfó casi sin disparar un tiro y los grupos guerrilleros que existían no eran islámicos, sino de izquierda.

Pues bien, considerar que los levantamientos islamistas en el Medio Oriente fueron una consecuencia de la revolución iraní refleja un análisis superficial, conspirativo y manipulador de la historia, de la misma manera que la formación de grupos guerrilleros en América Latina fue anterior a la revolución cubana

de 1959. La radicalización de los movimientos islamistas del Medio Oriente es anterior a la revolución islámica de Irán y el peligro que representaba el gobierno de Teherán fue claramente exagerado por los regímenes de Egipto, Sudán, Indonesia, Túnez o Irak como pretexto para desacreditar o suprimir la oposición islámica interna. También, y no menos importante, como medio para recibir mayor ayuda de los gobiernos occidentales que demonizaron a Jomeini de la misma manera que lo habían hecho en los cincuenta y sesenta con el líder árabe más importante del siglo XX, el egipcio Gamal Abdel Nasser, especialmente por su intención de nacionalizar el Canal de Suez y porque se oponía a los proyectos hegemónicos de las principales potencias occidentales y a la apropiación de sus recursos naturales.

Por otra parte, el “aura” revolucionario de Irán se fue desvaneciendo lentamente por una serie de factores. Entre otros, la represión a las minorías kurdas y árabes; la contraofensiva dentro de territorio iraquí luego de la invasión de Saddam Hussein en 1980; la visión hereditaria del shiísmo, el nacionalismo persa y su animosidad histórica hacia el mundo árabe; su lucha con Irak por la influencia en el Golfo árabigo-pérsico, y con Turquía por el Asia Central, o su giro crítico contra la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) por haber iniciado las negociaciones de paz con Israel en 1993. Tampoco se vio beneficiada la imagen del gobierno iraní cuando en 1985 se difundió en la prensa internacional que varios cargamentos de armas del "Gran Satán" habían llegado a Teherán vía "el enemigo sionista" para combatir a Irak, en lo que después fuera conocido como el "Irangate".

A pesar de las luces y sombras del régimen iraní, los movimientos que enarbolan la bandera del islam en su accionar político -tanto shiítas como sunnitas- se desarrollaron con extraordinaria rapidez y fuerza en los principales centros urbanos árabes compitiendo con los partidos políticos tradicionales en la búsqueda del apoyo de la mayoría de la población. Sin entrar en los detalles de lo sucedido en todos los países, el análisis de algunos casos particulares permitirá comprender la influencia de la revolución iraní y la inserción de masas de algunos de estos nuevos movimientos, en especial en países donde no contaban con una larga tradición teológico-política como podía haber sido el caso de

los Hermanos Musulmanes en Egipto desde los años veinte.

a) Argelia

El Frente Islámico de Salvación (FIS) de Argelia nació a fines de los años ochenta como producto de una revuelta en octubre de 1988 que sacudió el poder del Frente de Liberación Nacional (FLN), el mismo que había liderado la lucha contra la centenaria ocupación colonial francesa y que había obtenido la independencia en 1962.

La política de liberalización económica provocó una explosión social que llevó a miles de jóvenes a las calles y fue duramente reprimida por el ejército. Decenas de manifestantes murieron y los detenidos fueron torturados. La crisis condujo al presidente Chadli Benyedid a anunciar un proceso de apertura política que permitió la legalización de varias formaciones políticas que estaban en la ilegalidad. El 21 de febrero de 1989 nació oficialmente el FIS liderado por Abassi Madani que se volcó decididamente a las calles mostrando su capacidad de organizar manifestaciones de decenas de miles de personas bajo la bandera política del islam.

El gobierno y los medios de comunicación argelinos y occidentales descalificaron al FIS por desconfiar del proceso electoral. Pero para demostrar que sí estaba dispuesto a aceptar la apertura y el juego propuesto decidió participar de las elecciones municipales convocadas para junio de 1990, aunque no se identificara con la democracia parlamentaria al estilo occidental. Por primera vez en la historia de Argelia, después de 132 años de ocupación francesa y 28 años de gobierno del FLN como partido único se realizaron elecciones libres con la participación de múltiples partidos. La sorpresa fue enorme cuando el FIS se convirtió en la primera fuerza política del país con el 65% de los votos relegando al histórico FLN. En diciembre de 1991 se realizaron las elecciones legislativas donde el FIS volvió a arrasar y

se encaminaba a un triunfo electoral en la segunda vuelta, que le fue arrebatado por el FLN con el argumento de que un triunfo islamista convertiría a Argelia en una dictadura. Para preservar la "libertad" en enero de 1992, un golpe de Estado declaró la nulidad del proceso electoral, disolvió el FIS y encarceló a sus principales dirigentes, algunos de ellos elegidos diputados. Todos los gobiernos occidentales que habían condenado al FIS por no querer aceptar el modelo de democracia occidental apoyaron el golpe de Estado.

La represión contra el FIS llevó a la creación de diversos grupos -principalmente el Grupo Islámico Armado (GIA)- que se levantaron en armas para derrocar al gobierno que les había impedido acceder al poder. El GIA comenzó a atacar todos los símbolos del Estado, policías, intelectuales, periodistas, civiles y extranjeros. Como el accionar del GIA fue de extrema brutalidad y se desarrolló en paralelo a la aparición de Bin Laden, varios organismos de inteligencia plantearon un posible vínculo entre ambos, aunque como en la mayoría de los casos, son hipótesis difíciles de comprobar y las evidencias circunstanciales. Según el influyente Council of Foreign Affairs, que publica la revista más prestigiosa de política internacional de Estados Unidos -*Foreign Affairs*- es posible que miembros del GIA hayan tenido contacto con Bin Laden en Afganistán pero "el GIA opera principalmente en Argelia y sus objetivos son más locales que las ambiciones de una guerra santa global de Al Qaeda (y) el GIA no atacó americanos en Argelia". Tan locales eran sus ambiciones que ya en 1995 el GIA estaba dispuesto a renunciar a la lucha armada si se liberaban a los dirigentes del FIS y se avanzaba en las negociaciones políticas, que no prosperaron.

Incluso el Instituto de Contra Terrorismo (ICT) del Estado de Israel -que no profesa ninguna simpatía hacia los movimientos islámicos- reconocía en 1999 que la espiral de violencia de siete años, que dejó más de 60 mil muertos, comenzó con la cancelación del proceso electoral.

En 1999 el FIS abandonó formalmente la lucha armada y de allí en más se sucederían elecciones amañadas y grandes dificultades para el FIS de posicionarse nuevamente como primera fuerza política.

b) Líbano

El Partido de Dios (Hezbolá)

[4] se convirtió en uno de los partidos islámicos más importantes del Medio Oriente desde su aparición en 1982 en el Líbano. Surgido de las filas de varios partidos shiítas se hizo conocido por sus espectaculares ataques.

En noviembre de 1982 realizó su primer atentado reivindicado públicamente cuando un joven militante se inmoló frente a una base israelí en la ciudad de Tiro en el sur del Líbano dando muerte a decenas de soldados. Un año después, el 23 de octubre de 1983, un coche bomba estalló frente a una base militar norteamericana matando más de 200 soldados y otro frente a una francesa matando 58 soldados. Aunque estos atentados fueron atribuidos a un grupo denominado Yihad Islámica, la ligazón con el Hezbolá parece indudable.

Amén de los atentados que le dieron visibilidad pública internacional, el nacimiento del Hezbolá se debe a la conjunción de tres factores. La revolución islámica de 1979, la invasión israelí de 1982 que dejó más de 20 mil muertos y un crecimiento político entre los shiítas libaneses, históricamente marginados en un país marcado por las relaciones conflictivas entre grupos religiosos y étnicos. Durante años las organizaciones religiosas supieron construir orfanatos, escuelas, y una amplia red social para los más necesitados. Según cuenta uno de sus fundadores, Naim Qassem, en su libro *Hezbolá, la historia desde adentro* el movimiento creció alrededor de la figura del Ayatola Mohammad Hussein Fadlalla quien se dedicó a las tareas religiosas y sociales predicando el islam hasta que la invasión israelí de 1982 politizó sus discursos. Esta invasión coincidió con el período de mayor influencia de la

revolución islámica. No extraña entonces que el primer documento importante emitido por el Hezbolá -y conocido como el “Manifiesto de los Nueve” (por sus nueve participantes)- fuera presentado al Ayatola Jomeini para su aprobación. Esto es un reflejo de la inocultable vinculación teológico-política entre el Hezbolá e Irán, que también existió en el plano militar cuando el gobierno de Teherán envió miembros de la Guardia Revolucionaria para montar campos de entrenamiento militar y religioso en el Valle de la Bek ´a -cerca de la frontera siria- y contribuir a la lucha contra la ocupación israelí.

El nacimiento del Hezbolá como un partido político-militar tuvo que ver con una serie de factores. En primer lugar, apareció en el contexto de una terrible guerra civil que azotó a este pequeño país de apenas 200 km de largo por 60 km de ancho, desde 1975 hasta 1990 y dejó más de 100 mil muertos. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, porque todos los partidos políticos estaban armados hasta los dientes y era imposible tener actividad política sin una estructura militar. En tercer lugar, porque el país estaba siendo invadido por una potencia extranjera, ni más ni menos que el Estado de Israel, que había provocado la expulsión de miles de palestinos en 1948, muchos de los cuales habían encontrado refugio en el Líbano, y había ocupado su capital Beirut. En más de una oportunidad Hassan Nasralla, el líder máximo del Hezbolá, aseguró que “sin la invasión israelí no sé si existiría el Hezbolá”. En cuarto lugar, porque los diferentes grupos islámicos que se unieron para conformarlo ya participaban de la resistencia armada a la invasión israelí que desplazó a la OLP del Líbano. La guerra de guerrillas desatada en el sur del Líbano contra las tropas israelíes le dio legitimidad ante los ojos de la mayoría de los libaneses. Rafic Hariri, el primer ministro libanés asesinado en Beirut en 2005, y que estaba muy lejos de identificarse con el Hezbolá, nos decía en los noventa cuando gobernaba su país que la resistencia contra la ocupación era legítima y que nadie podía exigirle que desarmara al Hezbolá porque él no era un traidor.

Sin renunciar a su estructura militar, en 1992 se presentó a las primeras elecciones parlamentarias después de la guerra civil obteniendo varias bancas. En su programa político expresa su intención de desmantelar el sistema confesional, la defensa de las

libertades públicas, una política social y la necesidad de corregir las diferencias socio-económicas entre las regiones del país. Su éxito se debe a dos factores clave: su presencia en los barrios más pobres de Beirut y el sur del Líbano, y a la activa resistencia a la ocupación israelí. Más aun, su táctica de “guerra de guerrillas” fue la artífice de la retirada israelí en el año 2000 después de 18 años de ocupación ininterrumpida y apareció ante los ojos del mundo árabe-islámico como el primer ejército capaz de expulsar a los israelíes de un territorio ocupado, algo que ni siquiera habían logrado los egipcios, sirios y jordanos juntos, y mucho menos los palestinos.

c) Palestina

El palestino Movimiento de Resistencia Islámica (HAMAS) apareció en 1987 liderando la “Intifada”, la revuelta palestina contra la ocupación israelí de Cisjordania y la Franja de Gaza que se prolonga desde junio de 1967. Gran parte de los líderes de HAMAS proviene de la rama palestina de los Hermanos Musulmanes de Egipto que se mantuvieron al margen de la lucha armada contra la ocupación, lo que les impidió crecer políticamente durante un largo período. Justamente por esta razón el gobierno israelí alentó su desarrollo “apolítico” para contrarrestar la influencia de la OLP permitiendo que construyeran mezquitas como centros de difusión teológica y política; en 1967 había unas cuatrocientas en Cisjordania, y diez años después más de setecientos cincuenta. HAMAS rechazaba la lucha armada -en ese momento- porque argumentaba que estaba preparando a una generación de musulmanes capaces de combatir al enemigo y que apoyar la lucha armada le hubiera dado a las autoridades israelíes un pretexto para golpearlos prematuramente.

El crecimiento de HAMAS, y los otros grupos islámicos menores fue producto de la influencia de la revolución iraní de 1979 y del debilitamiento de la OLP después de su expulsión del Líbano en 1982, de su paulatino abandono de la lucha armada, del giro hacia las negociaciones diplomáticas y también de la corrupción en el aparato gubernamental palestino una vez instalada la Autoridad Nacional Palestina. HAMAS es en gran medida una respuesta a la desilusión respecto de los movimientos políticos palestinos seculares que fueron incapaces de finalizar con la ocupación israelí. Su líder más importante Ahmed Iassin -asesinado por Israel en 2004- solía decir "cuando todas las puertas están cerradas, Alá abre una compuerta". HAMAS logró combinar patriotismo con pureza moral,

y acción social con la promesa de gracia divina. No sólo la liberación de la patria sino también la redención de las almas.

Nuevamente, como la violencia política es un reflejo de la historia concreta de cada uno de los países donde actúan los movimientos que deciden impulsarla, después de la creación de HAMAS, nació su brazo armado “Issadin al Kassam”. La misma elección del nombre no es casual; retoma la figura de un campesino que se levantó en armas contra la ocupación británica y sionista de Palestina en los años treinta, porque HAMAS se autodefine como "un eslabón más de una larga cadena de yihad contra la ocupación sionista"; y este eslabón lo remontan a sus propias raíces históricas: las luchas palestinas de 1936, de 1948 y de 1968.

Si bien el gobierno israelí y los medios de comunicación establecen una estrecha relación entre HAMAS e Irán como si sus actividades estuvieran digitadas desde Teherán, en la plataforma programática de HAMAS no existe ni una sola referencia a la revolución islámica de Irán, aunque Irán haya representado una fuente de inspiración ideológica, y monetaria. Además, hay que tomar en cuenta que los palestinos de HAMAS no son shiítas y también recibieron apoyo material de Arabia Saudita, los Estados del Golfo, Sudán y Argelia. HAMAS surgió para luchar contra un enemigo concreto: el Estado de Israel, y en particular contra la ocupación militar de Cisjordania y la Franja de Gaza que comenzó en 1967. En un primer momento fue parte de una insurrección popular y tuvieron que pasar varios años hasta que realizaran su primer atentado suicida -en 1993- que tuvo como objetivo debilitar el liderazgo de Iasser Arafat, entorpecer el proceso de negociación entre la OLP y el gobierno israelí, y obligar a los israelíes a negociar con ellos, algo que hasta ahora no han logrado.

Su crecimiento además se vio influenciado por la resistencia islámica en el sur del Líbano contra la invasión israelí, que fue celebrada por todos los palestinos, religiosos y seculares por igual. Tomando en cuenta lo antedicho se puede comprender también que para HAMAS, Bin Laden no sirve de fuente de inspiración porque su lucha se concentra en un territorio muy concreto y no contempla un enfrentamiento global con los países que apoyan al Estado de Israel.

Lo que caracteriza a estos movimientos (y a la gran mayoría de los movimientos islámicos) es su intención de liderar a las masas de

sus países para la toma del poder político dentro de las fronteras de lo que consideran su país/territorio sin ninguna intencionalidad de extender su área de influencia por fuera de lo que identifican como identidad nacional/estatal, aunque desde el punto de vista teórico el islam rechace el nacionalismo.

[5] La lucha armada iniciada por el FIS luego de haber sido despojado del triunfo electoral, los atentados atribuidos al Hezbolá contra las tropas norteamericanas, francesas e israelíes o los violentos ataques de HAMAS en territorio israelí reafirman esta concepción que implica la lucha interna contra la ocupación extranjera dentro del marco del conflicto preestablecido. Después del atentado contra un hotel en Taba (Egipto) que mató e hirió a decenas de israelíes en octubre de 2004, el portavoz de HAMAS, Mushir al Masri, dijo: “No ha sido HAMAS (…) Nuestra estrategia es clara, luchamos por la independencia y el fin de la ocupación, pero sólo en el interior de los territorios palestinos”.

Más allá de una retórica antiimperialista, o específicamente antinorteamericana, en los hechos, ninguno de estos movimientos se vio involucrado en acciones armadas contra Estados Unidos “per se”, y siempre negaron su participación en hechos de violencia fuera de su territorio natural. Y aunque los servicios de inteligencia israelíes y norteamericanos aseguran que el Hezbolá es responsable del atentado contra la embajada de Israel en Buenos Aires en 1992 y de la AMIA -el edificio central de la comunidad judía en Argentina- en 1994, esta organización política aún lo sigue negando.

3. Terrorismo y violencia política

Uno de los mayores problemas que enfrenta el mundo en el siglo XXI es el que está enmarcado bajo el rótulo de terrorismo, presentado muchas veces solamente como un "problema de seguridad" desligado de su intrínseca existencia como fenómeno político. Prácticamente no ha habido país que no haya sufrido atentados calificados de terroristas en el siglo XX y los organismos internacionales, incluidas las Naciones Unidas, todavía tienen serias dificultades para acordar sobre el significado del terrorismo y sus alcances porque el concepto en sí mismo es conflictivo y no existe una definición globalmente aceptada.

Presionadas por los atentados a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, Naciones Unidas han intentado avanzar hacia una definición más exhaustiva. En 2002 se publicó el "Informe del Grupo de Trabajo sobre Naciones Unidas y el Terrorismo" donde se señala que "terrorismo es, en la mayoría de los casos, esencialmente, un acto político. Tiene como propósito provocar daños dramáticos y mortales sobre civiles y crear una atmósfera de miedo, generalmente por un motivo político o ideológico; sea este secular o religioso (…) El terrorismo es y busca ser un asalto sobre los principios de la ley, el orden, los derechos humanos y la resolución pacífica de disputas sobre las cuales se creó este organismo mundial (…) El terrorismo no es un fenómeno unívoco, sino que debe ser entendido a la luz del contexto en el cual las actividades terroristas aparecen (…) El terror ha sido usado como táctica en casi todos los rincones del planeta, sin distinguir riqueza, género o edad de sus víctimas, que son en su mayoría civiles."

[6]

Esta definición de Naciones Unidas, que parece bastante abarcadora, no incluye los bombardeos masivos que los Estados les infligen a poblaciones civiles “enemigas”, un hecho que por lo general no es descripto como un acto terrorista. Es así que las bombas atómicas lanzadas en agosto de 1945 sobre Hiroshima y Nagasaki en Japón no suelen entrar dentro de la categoría de “terrorismo”, ni siquiera por los propios japoneses.

Consideramos que el terrorismo “per se” no existe ya que siempre está enmarcado en un contexto histórico, social y político, y quienes lo utilizan suelen decir que tienen objetivos nobles. No se trata de analizar por qué un individuo se sube a un edificio en alguna ciudad estadounidense y comienza a disparar sin ton ni son, o de desentrañar las causas que llevan a alguien a lanzar una bomba de gas venenoso en un subte de Tokio. Lo que se intenta comprender es por qué en casi todo el mundo hombres y mujeres deciden tomar las armas (cuales sean) para incidir en la política nacional y/o internacional.

*La violencia del “otro” siempre es descalificada. Por eso, c*uando los atentados son perpetrados por quien es definido como “enemigo”, son bestiales, criminales, sin razón, hechos por psicópatas, locos, terroristas. Por el contrario, cuando son cometidos por aliados políticos la calificación peyorativa da lugar a una neutra o positiva, como “los partisanos” durante la Segunda Guerra Mundial -que todavía enorgullece a franceses, italianos, yugoslavos y griegos-, o “combatientes por la libertad”, la expresión utilizada por el ex presidente Ronald Reagan al referirse en un mismo discurso de 1988 a los “contras” alzados en armas contra el gobierno electo de Daniel Ortega en Nicaragua, y a los afganos, musulmanes y árabes, que combatían a los soviéticos en Afganistán. Casi parafraseando a Sylvester Stallone en *Rambo III*, Reagan decía que “también en Afganistán los combatientes por la libertad son claves para la paz. Apoyamos a los muyahidin (…) Su causa es nuestra causa, la libertad”.

El terrorismo es uno de los temas más discutidos y uno de los menos comprendidos, pero también es el acto mismo lo que cuenta, ya que no es una escuela filosófica. Si bien existen numerosas definiciones, para resumir, podemos decir que es la utilización de la violencia política dirigida contra un gobierno, un Estado y/o

población civil con la finalidad de crear un clima de miedo, de inseguridad, de parálisis de aquel definido como enemigo.

A raíz de la aparición de Al Qaeda, y los atentados a las Torres Gemelas en Nueva York en 2001, en los últimos años existe una tendencia a asociar el terrorismo sólo a grupos musulmanes. Sin nombrar a Al Qaeda se puede desprender de las declaraciones del propio secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, cuando dice que "es una amenaza que se ha convertido en más urgente en los últimos cinco años. Las redes transnacionales de grupos terroristas tienen un alcance global y hacen causa común para convertirse en una amenaza universal. Estos grupos expresan su deseo de acceder a armas nucleares, biológicas y químicas para provocar daños masivos. Tan sólo uno de estos ataques y lo que desencadenaría podría cambiar nuestro mundo para siempre."

Es muy posible que las presiones norteamericanas hayan incidido sobre Annan para mencionar una amenaza "que se ha convertido en más urgente en los últimos cinco años"; pero no es menos cierto que los actos terroristas suicidas llevados a cabo por grupos islámicos y la aparición de Bin Laden y Al Qaeda generan interrogantes difíciles de dilucidar.

4. La Yihad y los atentados suicidas

Los medios de comunicación suelen resaltar que los militantes islámicos tienen una bandera religiosa, el yihad, que los convierte esencialmente en fanáticos incorregibles.

El concepto de yihad en el islam tiene múltiples aristas e interpretaciones. Dado que no somos expertos en teología islámica, sería irresponsable de nuestra parte intentar una definición exacta de un concepto que desde lo religioso se traslada a lo político, y no queremos sumarnos a las burdas explicaciones que brindan supuestos “expertos” que ni siquiera dominan el árabe y mucho menos el Corán y sus numerosas exégesis. Es así que en Occidente se suele traducir el concepto de yihad como “guerra santa”, algo que la mayoría de los teólogos musulmanes rechaza; aunque muchos grupos islámicos, al momento de traducirlo al inglés o francés sí, lo traduzcan como guerra santa.

La palabra *yihad* proviene del verbo Y(a)h(a)d(a) que en árabe significa "esforzarse", "empeñarse". Se dice *Yahada Nafsahu*, "se esforzó", "esforzó su alma", o "se esforzó al extremo", o "llegó al extremo de sus posibilidades". Yihad es esfuerzo, empeño, denuedo, perseverancia, resistencia, y es diferente de la palabra *jarb*, que significa guerra.

El concepto también es confuso porque los propios teólogos -y mucho más los militantes políticos- lo utilizan de diferentes maneras y difieren al momento de definirlo. Lo mismo sucede con los ataques suicidas y el suicidio propiamente dicho, así como con el concepto de martirio, asociado a los ataques suicidas cometidos por musulmanes. Por esta razón, lo mejor es dejar que ellos mismos lo expliquen desde la óptica religiosa y su aplicación política, ya

que son ellos los que lo utilizan.

El Imam Majmud Husain, un reconocido teólogo musulmán argentino, dice que son los cristianos los que crearon el concepto de "guerra santa" porque no comprendían el significado de yihad en el islam y creyeron que era el equivalente a la "guerra santa".

De sus palabras se desprende que el *yihad* es enseñarle el Corán a la gente según el mandato del islam, o la lucha interna de cada ser humano contra sus propias malas intenciones; por eso existe el *yihad* cultural, educativo, económico o científico. “El yihad -dice-, antes que nada, es la lucha pacífica, no es la lucha armada; ésta es indeseable, es de menor categoría, claro que si no hay medio de evitarla y uno debe defenderse, es muy honrosa. Es más difícil ser un hombre de paz que un hombre de guerra. Por lo tanto ‘Yihad Islámica’ no es ‘guerra santa islámica’ sino ‘resistencia islámica’.”

Los eruditos coinciden en señalar que hay muchos tipos de yihad y que el militar es sólo uno de ellos. El Imam Majmud Husain no evade el debate sobre la violencia, pero aclara que hay una "violencia lícita y una ilícita. No es posible justificar un ataque terrorista contra la población civil pues está contra la fe islámica".

Abdala Nimer Darwish, uno de los fundadores del movimiento islámico dentro del Estado de Israel, asegura que “en el islam hay trece tipos de *yihad*. Uno de ellos es el *yihad* militar que por supuesto es violento, pero se refería a los ejércitos regulares y legales de un Estado soberano e independiente.” En 1995 nos decía en su hogar de Kufr Kassem que “si alguien utiliza la palabra *yihad* para poner una bomba en las Torres Gemelas de Nueva York, como sucedió en 1993, yo no lo acepto. Me niego a que se utilice de manera falsa el concepto de *yihad* para un hecho así”.

El profesor de teología iraní Ya'far Subhani en su libro *Luz y la eternidad* dice que la yihad es el "combate por la causa de Dios y del islam, tanto con las armas como con los actos, el trabajo y las palabras. El yihad nunca es un acto de agresión indiscriminado, sino que se origina siempre en la legítima defensa."

El Sheij Muhamed Sid Tantawi de la Universidad Al-Azhar de Egipto, considerada la más antigua del mundo y una de las escuelas teológicas islámicas más importantes, decía en 1996 que los palestinos "que se inmolan entre sus enemigos para frenar la injusticia son mártires y estarán en el paraíso, mientras que sus

enemigos estarán en el infierno".

Sin lugar a dudas respecto del sentido de la yihad hay posturas contradictorias. El Sheij Tantawi dice una cosa, pero el profesor de teología de la Universidad de Damasco en Siria, Muhammad Said Al Buti, tiene una visión diferente. Al Buti, que escribió el libro *Yihad en el islam* como reacción al creciente número de grupos del mundo islámico que claman, en nombre de la yihad, llevar adelante una guerra por la causa del islam, dice que la gente se olvidó del verdadero significado del yihad, más aun, que lo están usando para justificar su violencia y su lucha por el poder.

En los medios de comunicación suele publicarse que aquellos que se inmolan en nombre del yihad son mártires a quienes se les promete mujeres y vino para cuando lleguen al paraíso. Majmud Hussein dice que esto es falso. “El estado del mártir está más allá del vino y las mujeres, es descrito por las tradiciones del Profeta de una manera demasiado sutil o simbólica. La tradición dice que el mártir está posado en los árboles del paraíso sobre candiles de luz y son como pájaros verdes que discurren a través del paraíso; ahí no hay ni mujeres ni vino. En el paraíso, el símbolo de la mujer es el de la sabiduría, mientras que el vino es el conocimiento y las visiones del más allá. Lo otro no tiene sentido. En el más allá, de acuerdo a la deducción más estricta de las tradiciones del Profeta, no hay vida marital.”

Naim Qassem, uno de los fundadores y principales líderes del Hezbolá libanés, hace una clara distinción entre el martirio y el suicidio en su libro *Hezbolá, la historia desde adentro*. Trasladado al campo político el primero es un acto voluntario de personas con deseos de vivir y una manifestación suprema de entrega, especialmente si se le causa al enemigo un alto número de víctimas. Por el contrario, el suicidio es un acto de desesperación, frustración y derrota que lleva a una persona a quitarse la vida.

Todos los teólogos coinciden en que el suicidio está prohibido en el islam, pero cuando se plantea en el campo de batalla las opiniones difieren. Según Majmud Husain hubo compañeros del Profeta que -poniendo su vida en riesgo- entraban en las filas enemigas y trataban de realizar el mayor destrozo posible. “Si esto sucede en el campo de batalla es lícito. Si los combatientes llenan de bombas su cuerpo y van contra una fila de tanques enemigos, y

se hacen explotar es lícito, porque están combatiendo al enemigo que ocupa su suelo o lo ataca. Pero no lo es cuando se trata del ataque a poblaciones civiles."

Naim Qassem se pregunta: "¿qué pueden hacer los palestinos para confrontar la ocupación israelí que posee la máquina militar más poderosa y moderna y tiene el apoyo internacional para su agresión y ocupación?". La pregunta, claro está, no es retórica y la respuesta evidente: frente a una estructura político-militar poderosa todo método de lucha es válido. Es la misma lógica que guió a los kamikazes japoneses que se lanzaban con sus aviones contra los buques norteamericanos aunque los objetivos fueran solamente militares. Su propósito era infligir al enemigo el mayor número de bajas al menor costo y tuvo un efecto psicológico superior al de su efectividad real.

Lo que todos los líderes islámicos resaltan es que Occidente cree que existe un lavado de cerebro o premios materiales para el compromiso de los combatientes religiosos y no puede comprender el nivel de sacrificio demostrado por los militantes basado en la entrega espiritual. Sin embargo, no es menos cierto que existen suficientes elementos en los textos religiosos como para convencer a creyentes de que efectivamente habrá todo tipo de recompensas en el más allá.

El Hezbolá hace de los atentados suicidas un culto por el impacto político, psicológico y mediático que han logrado, algo que Bin Laden no ha dudado en retomar con un grado de espectacularidad incluso mayor.

El caso palestino tal vez sea el que permita comprender mejor la relación existente entre la lucha tradicional y la utilización de los ataques suicidas como arma política ya que también algunas de sus organizaciones de izquierda han recurrido a ellos. Gal Luft, un antiguo teniente coronel del ejército israelí, explicaba en 2002 en un artículo en la revista *Foreign Affairs* que desde el punto de vista de la perspectiva palestina las acciones guerrilleras tradicionales fracasaron después de la Intifada. Luft señala que los palestinos realizaron más de 1.500 ataques sobre vehículos israelíes y más de 6.000 sobre puestos militares matando sólo 75 personas y 20 soldados respectivamente. Además, lanzaron más de 500 ataques con morteros pero lograron matar nada más que un israelí. Según

Luft, los palestinos comenzaron a vislumbrar los ataques suicidas como un arma estratégica, una “bomba inteligente” en manos de los más pobres, que puede contrabalancear la superioridad tecnológica y militar israelí. “Los ataques suicidas -escribió- les dieron lo que ninguna otra arma pudo: la habilidad de causarle a Israel un daño devastador nunca antes visto”. Los datos que brinda Luft son categóricos: en escasos 350 ataques dentro de Israel los movimientos islámicos lograron matar o herir a más israelíes que las otras organizaciones palestinas en más de 8.000 ataques en Cisjordania y la Franja de Gaza. Los resultados fueron hasta tal punto efectivos -afirma Luft- que los diferentes grupos palestinos -islámicos y seculares- comenzaron a competir entre ellos para darle mayor efectividad a su arma de guerra. Aunque fuera de los territorios donde existe una ocupación real -en este caso Palestina, pero también podría aplicarse a Irak- el debate se plantea en términos morales y éticos, para los propios ejecutores de los atentados suicidas el debate tiene dos facetas. Por un lado, el teológico, que atañe únicamente a las organizaciones político-religiosas y cuyo eje es saber si el islam los permite. Por el otro, está planteado en términos de táctica y estrategia política. En junio de 2002 en las páginas del semanario *The Jerusalem Times* el periodista Muntaser Hamdan reflejaba el extenso debate que atravesaba a los partidos palestinos sobre este tema porque varios grupos y la Autoridad Nacional Palestina instaban a finalizar con los atentados suicidas. Entre los que estaban a favor de continuar la lucha por todos los medios mientras perdurara la ocupación había dos posturas. La primera sostenía que era legítimo realizar atentados en Cisjordania y Gaza y también contra civiles dentro del Estado de Israel. La segunda, que éstos sólo podían llevarse a cabo en Cisjordania y Gaza, el territorio ocupado desde 1967. Y dentro de esta última postura había quienes pensaban que era válido atacar al ejército y a los asentamientos, mientras otros sostenían que sólo el ejército debía ser atacado. El representante del marxista Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) aseguraba que “todas las formas de resistencia son legítimas, sean éstas políticas, diplomáticas, militares o misiones de martirio. Al mismo tiempo, cada método debe ser juzgado por su utilidad en servir los objetivos políticos por los cuales luchamos. En la anterior intifada (1987)

llamamos a que la lucha fuera pública y no militar. Pero la ocupación con su diario asesinato de civiles nos forzó a volver a las armas.”

Como vemos, más allá de la cuestión religiosa, el debate aparece como meramente funcional a los objetivos políticos.

Para el psiquiatra palestino Eyad Sarraj lo raro es que no haya más suicidas tomando en cuenta la desesperación de un pueblo expulsado de su territorio en 1948, convertido en refugiado con el único deseo de retornar a su hogar, y luego obligado a vivir bajo ocupación extranjera. “¿Sabe lo que es vivir bajo ocupación militar durante treinta años, sin nacionalidad, encarcelado por organizar un grupo político, con interrogatorios permanentes, convertidos en esclavos en su propio país. Intentamos una revuelta que duró siete largos años con nuestros niños arrojando piedras y siendo matados todos los días; la mayoría de nuestros hombres arrestados y torturados. Quedamos agotados, atormentados y brutalizados. ¿Qué más podíamos tratar? Luego en nombre de la paz fuimos humillados”.

Lo que hace Sarraj con su descripción de la situación cotidiana de los palestinos es explicar la profunda desesperanza de una población que vive bajo ocupación hace casi cuarenta años; la mayoría de ellos desde que nacieron, y que crecieron escuchando el relato de sus padres expulsados en 1948 de sus hogares al crearse el Estado de Israel. Es esto lo que los convierte en potenciales atacantes suicidas.

Abdala Nimer Darwish conversó con un grupo de estudiantes de Nablus, una ciudad palestina ocupada por los israelíes desde 1967, para tratar de comprender su forma de pensar. Y estos estudiantes le manifestaron su disposición a convertirse en atacantes suicidas. Pero no dudaron en asegurar que si los israelíes les prometieran un Estado palestino independiente elegirían vivir en vez de inmolarse.

Para resumir, podemos decir que el yihad desde un punto de vista religioso tiene un sentido espiritual y ético cuando se lo aplica a la vida espiritual, y otro cuando se lo aplica a la lucha con las armas contra la agresión y por la autoconservación de la comunidad islámica.

Para los militantes musulmanes el yihad representa un grito de guerra basado en su doctrina religiosa, y los ataques suicidas una

forma de lucha; aunque el ataque realizado por un suicida con fines políticos no es patrimonio del islam como muchos creen y, de hecho, los Tigres Tamiles en Sri Lanka son quienes más lo han implementado, y no son musulmanes.

Si bien en el islam no existe ninguna estructura verticalista similar a la del Vaticano que debe ser respetada por los fieles, esto no implica que cualquiera pueda convocar a los fieles con legitimidad teológica. Cuando Saddam Hussein quiso que el mundo árabe lo apoyara contra Estados Unidos en 1991 convocó a la yihad; sin dudarlo los religiosos salieron a decir que no tenía ningún derecho a hacerlo y le dieron la espalda. De la misma manera, la inmensa mayoría de los musulmanes no acepta los llamados a la yihad de Bin Laden porque no es reconocido como una autoridad religiosa. Incluso cuando el Ayatola Jomeini dictó una orden religiosa que alentaba el asesinato del escritor indio Salman Rushdie muchos la rechazaron.

En los países islámicos el fenómeno es relativamente nuevo, de los últimos veinte años, y si fuera “inherente” al islam cabría preguntarse por qué no se realizaron antes en situaciones tanto o más trágicas para poblaciones musulmanas. Pero también cabe preguntarse por qué ahora. ¿Estará la diferencia en la repercusión mediática que tienen estos hechos hoy en día gracias a la televisión, que permite que se vean al instante en todo el mundo?

5. La guerra del Golfo como punto de inflexión

La invasión de Irak a Kuwait el 2 de agosto de 1990 y la posterior intervención norteamericana en el Golfo árabe-pérsico al frente de una gran coalición que también incluyó a la mayoría de los países árabes, marcó un cambio de la situación política regional y mundial y tuvo una influencia importante sobre el futuro accionar de Bin Laden.

La forma como Saddam Hussein intentó justificar la anexión de Kuwait y la posterior guerra terminaron por erosionar los fundamentos del nacionalismo árabe que todavía levantaba como bandera el último de los Estados árabes con capacidad de demostrar logros económicos de importancia, pero una extrema fragilidad política y la pérdida de legitimidad por su anterior invasión, a Irán, en 1980.

La expulsión del ejército iraquí de Kuwait en 1991 -y el proceso de desintegración de la Unión Soviética dos años después de la caída del Muro de Berlín en 1989- le permitieron a Estados Unidos diseñar una nueva estrategia que tuviera como eje una fuerte presencia militar en tierras árabes aun mayor que la lograda en el Golfo a raíz de la guerra de 1991. Así, con la excusa de una posible invasión iraquí a Arabia Saudita las tropas norteamericanas recibieron el beneplácito de la monarquía para su desembarco en la tierra donde nacieron el islam y el profeta Mahoma, y donde está el santuario más importante para los musulmanes (la Ka ´ba), lugar de peregrinación de millones de fieles.

La nueva coyuntura internacional permitió que durante el gobierno de Bill Clinton se elaborara la estrategia conocida como “contención dual” hacia Irán e Irak para aislar y contener

simultáneamente a los dos países que mayor resistencia ofrecían a la presencia norteamericana en el Medio Oriente, y de mayor enfrentamiento -aunque más que nada verbal- con el principal aliado estratégico de Estados Unidos, el Estado de Israel. Esta política explícitamente rechazaba algún tipo de relación política con Irán o Irak, y sostenía la idea de que una paridad militar entre ellos era un importante elemento en la estabilidad de la región. Esto es, en vez de privilegiar a uno sobre el otro como había sucedido en el pasado, se intentaba anular a ambos al mismo tiempo. Además, implicaba un compromiso estratégico directo de Estados Unidos en la zona y el desempeño de un rol más amplio y unilateral en el Golfo.

Paralelamente, la revolución islámica de Irán comenzó a perder el fervor revolucionario de los primeros años. Su impronta de enfrentamiento radical con Estados Unidos (y sostén a Cuba y Nicaragua) decayó, entre otros factores, por no haberse expandido la revolución islámica a otros países, por la falta de apoyo concreto -más allá de la retórica- a los combatientes afganos en su lucha contra la ocupación soviética de Afganistán y por el distanciamiento de la mayoría de los movimientos islámicos (de origen sunnita) del liderazgo iraní debido a la fuerte impronta irano-shiíta de la revolución.

Por otra parte, en un giro copernicano, en 1993 el Estado de Israel reconoció a la OLP y ésta aceptó convertirse en socio del primer ministro Itzjak Rabin para firmar los acuerdos de Oslo que - según la interpretación realizada por la OLP - debían concluir con la creación de un Estado Palestino en Cisjordania y la Franja de Gaza a muy corto plazo. Casi al mismo tiempo, en Afganistán, después de la retirada soviética de 1989, la guerra civil entre grupos políticos y étnicos desembocó en la toma del poder de una parte del país, incluyendo su capital Kabul, por parte de los Talibán, rechazados de cuajo por la inmensa mayoría de las corrientes teológicas y políticas islámicas debido a su particular interpretación del islam.

A su vez, el bloqueo a Irak y la asfixia de la población iraquí provocaron un descontento generalizado en el mundo árabe-islámico y de solidaridad hacia Irak, aunque de ninguna manera se tradujo en apoyo al régimen de Saddam Hussein. Esta falta de apoyo quedó claramente demostrada durante la Guerra del Golfo

cuando frente a la ofensiva militar norteamericana Saddam Hussein buscó reconstruir su imagen y liderazgo apelando primero al nacionalismo árabe -en franca decadencia-, luego atacando al Estado de Israel para involucrarlo en la guerra, consciente del rechazo generalizado hacia el Estado judío; y por último, apelando en vano a la retórica religiosa. A diferencia de Occidente, donde se comenzaba a descubrir que Irak estaba gobernada por "el tirano de Bagdad", pocos en el Medio Oriente desconocían las características dictatoriales del régimen iraquí, o que había utilizado armas químicas contra los kurdos en 1988. Pero claro, en los años ochenta era el aliado de las grandes potencias que había invadido Irán para destruir el régimen de los Ayatolas. Aunque en Occidente exista una visión caricaturesca del retraso mental y político de árabes y musulmanes, a diferencia de lo sucedido en Afganistán frente a la invasión soviética, nadie fue a Irak a defender a Saddam Hussein.

El efecto producido por la guerra sublevó a la inmensa mayoría de los árabes y musulmanes que miraba por televisión cómo caían los misiles y se destruía uno de los países árabes más emblemáticos (y cuna de la civilización) mientras sus gobernantes, por intereses políticos o económicos, avalaban y/o apoyaban la intervención norteamericana.

El odio se acrecentó cuando Madeleine Albright, siendo secretaria de Estado de Clinton, justificó el bloqueo a pesar de que había provocado la muerte de más de 500 mil niños. El 12 de mayo de 1996 en el conocido programa de televisión *60 minutes* emitido por la cadena CBS y conducido por la periodista Lesley Stahl, Madeleine Albright fue increpada por la periodista acerca del bloqueo. "Escuchamos que murieron más de 500 mil niños -dijo Stahl-, eso es más de los que murieron en Hiroshima, ¿le parece que el precio vale la pena?" La respuesta de Albright no deja de sorprender: "Creo que la elección es muy dura, pero el precio lo vale". Esta entrevista, que pasó desapercibida en Estados Unidos, fue emitida una y otra vez en el mundo árabe e islámico y Bin Laden siempre la recuerda.

6. Afganistán: un territorio muy codiciado

Para comprender el complejo entramado de los años noventa en el Medio Oriente y la aparición de Usama Bin Laden hay que remontarse a un hecho fundamental: la invasión soviética de Afganistán en diciembre de 1979. Esta revivió en los afganos la memoria histórica colectiva del amargo recuerdo de las disputas por su territorio entre los rusos y los británicos que invadieron por primera vez en 1838.

Repasemos algunos hitos de la historia. La revolución bolchevique de 1917 estrechó sus vínculos con las diversas sucesiones monárquicas que distaban mucho de ser socialistas y trataban de hacer equilibrio en un mosaico de etnias, tribus y grupos religiosos que se debatían por espacios territoriales y de poder. El desgaste de la monarquía produjo su caída en 1973 y la formación de una república que duró hasta abril de 1978 cuando un golpe de Estado llevado adelante por el comunista Partido Democrático de Afganistán (PDPA) instauró un régimen de corte marxista que tampoco pudo estabilizarse por las disputas internas entre viejas fracciones comunistas que llevaron a múltiples asesinatos en la cúpula del gobierno. Ante la múltiple crisis, el 24 de diciembre de 1979 los soviéticos invadieron y acrecentaron la resistencia étnico-tribal a un régimen desprestigiado y consumido por sus purgas internas y que había fracasado en su intento de consolidar un Estado nacional y una identidad “afgana”, inexistente debido a la diversidad étnica, religiosa y lingüística. El 38 por ciento pertenecía a la etnia pashtu; el 25 por ciento era tayiko (persoparlantes, pero sunnitas); los hazaras, un 19 por ciento (chiítas apoyados por los iraníes); los uzbekos un seis por ciento y

un 12 por ciento incluía baluchis, chahar aimaks y turkmenos.

Con la llegada de los soviéticos lo que había comenzado como una resistencia al régimen comunista pronto se transformó en una típica lucha de liberación nacional contra una potencia ocupante.

En el marco de la “Guerra Fría” Estados Unidos, el Reino Unido y sus aliados regionales como Pakistán aprovecharon para brindarles refugio y apoyo monetario y militar a las diferentes fracciones alzadas en armas.

La invasión soviética de 1979 se produjo un mes después de la toma de la embajada de Estados Unidos en Teherán, probablemente el momento de mayor auge de la retórica antiimperialista de la naciente revolución iraní y su inflamado discurso contra Washington, pero también contra Moscú. Ambos hechos se conjugaron para que miles de jóvenes árabes y musulmanes decidieran sumarse a la resistencia que -armas en mano- combatía al régimen comunista y la presencia militar soviética.

Entre los combatientes había un joven llamado Usama Bin Laden, nacido en Arabia Saudita. Desde que saltó a la “fama” se han escrito decenas de biografías sobre él, muchas de ellas que parecen sacadas de libretos cinematográficos donde se expone la fortuna de su padre, sus vínculos con la realeza saudí, sus mujeres y sus vínculos de la CIA. Sin embargo, cuesta creer que Bin Laden, a los 22 años y recién llegado, fuera una persona tan importante cuando en Afganistán había líderes tribales con décadas de trayectoria político-militar a quienes los servicios de inteligencia conocían muy bien por su combate contra el comunismo y los soviéticos. Esto no quita que aún antes de la intervención soviética de diciembre de 1979 el Departamento de Estado norteamericano les hubiera brindado su apoyo político y económico a los grupos islámicos que combatían al régimen prosoviético de Kabul y que ayudara a reclutar más de treinta mil combatientes de todo el mundo islámico, desde Argelia hasta Indonecia, para expulsar al invasor soviético. Dilip Hiro, el autor del *Diccionario del Medio Oriente*, sin abonar la teoría de que Al Qaeda es un invento de la CIA asegura que "el entrenamiento guerrillero -inicialmente financiado por Washington y Riyad y dirigido por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos junto con la agencia paquistaní Inter-Services Intelligence (ISI)- fue completado con educación ideológica, cuya

idea central afirmaba que el santo islam era violado por las tropas soviéticas ateas, por cuya razón los islámicos de Afganistán deberían reafirmar su independencia expulsando al régimen de izquierda afgano sostenido por Moscú."(

[7])

Si bien la participación de estas “brigadas internacionales” fue más que simbólica en lo que hace a su efectividad, al regresar a sus respectivos países pasaron a conformar la generación de “los afganos”. Eran reconocidos como aquellos que habían participado de “la yihad” contra los soviéticos, y así se reincorporaron a la vida de sus respectivos movimientos políticos, con reconocimiento y admiración por haber combatido en las montañas de Afganistán. El regreso de los “veteranos” provocó una zozobra regional. Los rumores de que un ingeniero de nombre Bin Laden los estaba manejando y dispersando por Argelia, Túnez, Egipto y Sudán corrió como reguero de pólvora. Cuando Robert Fisk, el conocido periodista británico radicado en Beirut, lo entrevistó por primera vez en Sudán en 1993 para el diario *The Independent* de Londres, lo encontró presentándose como un simple ingeniero dedicado a construir autopistas para unir ciudades. Esto, tres años antes de que los Talibán tomaran el poder en Kabul. En esta entrevista, la primera concedida a un medio de comunicación occidental, cuenta que la invasión a Afganistán lo enfureció y que llegó allí antes de que finalizara el año, es decir, entre el 24 y el 31 de diciembre de 1979, y que comenzó a enviar miles de combatientes árabes a Afganistán.

El 15 de febrero de 1989 el ejército soviético se retiró, aunque hasta 1992 una coalición liderada por los antiguos comunistas se mantuvo en el poder. No obstante, la caída y cuasi desaparición de los comunistas no terminó con los enfrentamientos étnicos que tomaron otro cariz al no haber un enemigo en común. El principal productor de opio del mundo estaba desgarrado por una guerra civil que enfrentaba ahora a fracciones islámicas que pugnaban por hacerse del control de todo el país, aunque la ubicación geográfica de las diferentes tribus impedía que una pudiera imponerse sobre la otra ante una autoridad central estatal que prácticamente había dejado de existir. El resultado: más de tres millones de exiliados.

Los únicos lugares con relativa estabilidad eran aquellos donde un grupo étnico había logrado imponerse sobre otro, desterrándolo del lugar. En esa época apareció un nuevo movimiento denominado “Talibán”, plural de la palabra “talib” -estudiante, en árabe- de la etnia pashtún, la misma que era mayoritaria en Kabul y la vecina Paquistán y que se dispersó durante la guerra contra los soviéticos mientras las otras se agrupaban detrás de partidos relativamente homogéneos. En su dispersión varios miles se replegaron hacia Paquistán donde poblaron las escuelas de formación teológica ya mencionadas y comenzaron a ser conocidos como los Talibán.

Adscriptos a una vertiente tradicionalista del islam -muy cercana ideológicamente al régimen de Arabia Saudita- su aparición pública se produjo en octubre de 1994 cuando asaltaron un convoy de camiones paquistaníes y controlaron rápidamente dos provincias productoras de opio y el sur del país. Si bien es cierto que los Talibán durante casi dos años crecieron y fueron conquistando un pueblo tras otro, no hubieran podido tomar el poder sin el apoyo directo del gobierno de Paquistán, el indirecto de Arabia Saudita y el guiño de Estados Unidos, cada uno persiguiendo sus propios intereses: Paquistán y Estados Unidos por lo económico y sus ambiciones geopolíticas, Arabia Saudita por lo teológico y para ganar terreno en su disputa con Irán. Las armas modernas, los tanques y los misiles teledirigidos que utilizaron para combatir eran demasiado sofisticados como para ser usados por "simples" estudiantes de teología sin instructores con alto conocimiento tecnológico.

El día que los Talibán tomaron Kabul, la capital de Afganistán, la mayoría de los medios de comunicación occidentales "descubrieron" que estos estudiantes de teología islámica tenían una manera muy particular de entender la política. Sin embargo, el rechazo que provocaron en Occidente por cubrir a las mujeres de pies a cabeza y encerrarlas en sus hogares no es lo esencial del "fenómeno" Talibán; detrás había una cruenta guerra civil, un país destrozado y cansado de los enfrentamientos bélicos, y grandes negocios. La expectativa de vida no superaba los 43 años, la mortalidad infantil era de 162 por mil, más del 70 por ciento eran analfabetos y había 102 radios y 2 teléfonos por cada mil personas, para dar algunos ejemplos de la precariedad existente en este país

de 22 millones de habitantes.

Aunque la mayoría de los habitantes de Kabul aceptaron a regañadientes la rigurosidad del régimen político-religioso de los Talibán, en un primer momento los recibieron con la esperanza de que esta nueva fuerza política pudiera pacificar el país luego de años de guerra civil. En realidad, los Talibán, de origen sunnita, eran considerados los moderados que podrían acabar con los "fundamentalistas radicales" acusados de financiar el terrorismo internacional. Ellos mismos se presentaban como una fuerza pacífica, aunque siempre recalcaron que ejecutarían a los traficantes de opio. Nadie en la región desconoce la importancia de la "media luna de oro" -que atraviesa Paquistán, Afganistán e Irán-, el primer centro de producción de opio del mundo. Se calcula que las ganancias de la heroína superan los dos mil millones de dólares por año, dinero que proviene -principalmente- del mercado europeo donde se consume la droga.

El desmembramiento de la Unión Soviética provocó un reordenamiento regional y la creación de nuevos Estados al norte de Afganistán, tales como Uzbekistán, Tayikistán, Kazajstán y Turkmenistán; todos ellos son muy ricos en recursos naturales -petróleo, gas, oro y plata- codiciados por los demás países de la región y las grandes potencias mundiales. Si bien es cierto que la capital paquistaní, Islamabad, está a menos de 500 km de Kabul, para Paquistán el territorio afgano es -hoy- un territorio de paso para acceder a los mercados de Asia Central. En Uzbekistán está una de las minas de oro más importantes del mundo, en Tayikistán filones de plata, en el subsuelo de Kazajstán se dice que un cuarto de las reservas mundiales de petróleo conocidas hasta hoy, y Turkmenistán tiene el potencial petrolero como para convertirse en una nueva Kuwait. Vale la pena destacar que, en abril de 1995, la revista *Newsweek* señalaba que las empresas petroleras Chevron, AGIP y British Gas estaban buscando instalarse en la región desde 1990.

A comienzos de los noventa Usama Bin Laden retornó a Arabia Saudita y condenó la presencia de las tropas norteamericanas en su país. El escritor paquistaní Tarik Ali cuenta en su libro *Bush en Babilonia* que el rey Fahd se encontró con Bin Laden quien

le expresó su disgusto por el arribo de las tropas y que tenía un

ejército de 30 mil combatientes listos para combatir al infiel Saddam Hussein que había invadido Kuwait y amenazaba con avanzar hacia Arabia Saudita. Parece que el rey quedó más preocupado por la posibilidad de que este hombre tuviera miles de hombres armados que por la ocupación de Kuwait, y decidió sacárselo de encima. No queda claro cómo y en qué circunstancias, pero es obligado a dejar su tierra. En 1993 Bin Laden encuentra refugio en Sudán, país que en 1989 había conocido un golpe de Estado liderado por Omar el Bachir que instauró un régimen islámico. El 13 de noviembre de 1995 un coche bomba explotó frente a la sede de entrenamiento norteamericana de la Guardia Nacional Saudita y causó la muerte de siete personas. Aunque los autores eran desconocidos, este atentado ya es atribuido a Al Qaeda, que comienza a aparecer en los medios, así como el nombre de Bin Laden.

Presionado por Estados Unidos y para evitar quedar más aislado a nivel internacional el gobierno de Sudán le pidió a Bin Laden que abandonara el país en mayo de 1996, poco tiempo antes de que los Talibán tomaran el poder en Afganistán. El 7 de agosto de 1998 dos atentados con coches bomba contra las embajadas de Estados Unidos en Nairobi (Kenia) y en Dar es-Salam (Tanzania) provocaron la muerte de más de 200 personas. Washington acusó a Usama Bin Laden y el 20 de agosto de 1998, cuando Bin Laden ya se encontraba en Afganistán, el presidente Bill Clinton ordenó bombardear una fábrica de productos farmacéuticos en Sudán, a escasos 20 km de la capital Jartum, con el argumento de que allí se estaban fabricando armas químicas financiadas por Bin Laden. Al mismo tiempo bombardeó supuestos campos de entrenamiento terrorista en Afganistán y exigió que el gobierno de los Talibán, que había tomado el poder en 1996, entregara a Bin Laden.

En apariencia los bombardeos eran una respuesta a los atentados contra las embajadas en Kenia y Tanzania. El gobierno de Sudán negó que se estuvieran fabricando armas químicas, los líderes Talibán ratificaron que no entregarían a Bin Laden y Clinton le atribuía a Bin Laden planes para “asesinar al presidente de Egipto y al Papa”, y “bombardear seis aviones 747 estadounidenses sobre el Pacífico”'.

Sin embargo, oh casualidad, ese mismo 20 de agosto la ex

becaria de la Casa Blanca, Mónica Lewinsky tenía que declarar ante los tribunales federales de Washington sobre su historia de sexo con el presidente, un tema que mantenía en vilo a los norteamericanos. El corresponsal de *La Jornada*, David Brooks escribía, horas antes de los bombardeos, que “en este país, el mundo desapareció durante las últimas 48 horas (…) sólo existe el sexo, la mentira y la insistencia de que se trata de un asunto clave para todo el planeta”. Después del bombardeo el senador republicano Dan Coats se preguntaba “hay mucho que no sabemos de este ataque y por qué fue desatado hoy, en medio de los problemas personales del presidente. Es legítimo hacerse preguntas sobre el momento que se eligió para la acción". Pero claro, quién defendería al gobierno de Sudán…

La misma reflexión se hacían numerosos medios de comunicación europeos que sostenían que el bombardeo era una forma de distraer al público del “sexgate” que afectaba a Clinton, cuya popularidad estaba en baja. Un año antes el director de cine Barry Levinson había escrito el guión de la película *Wag the Dog* (*Mentiras que matan*) protagonizada por Dustin Hoffman y Robert de Niro, explicando cómo se crea una guerra para tapar el escándalo sexual de un presidente. Como nunca quedó flotando la pregunta de saber si el autor del guión original estaba en Hollywood o en la Casa Blanca.

En mayo de 1996 la revista *Time* había publicado una entrevista con Bin Laden en Sudán señalando que era un virtual desconocido en Occidente y que todavía no había evidencias de que estuviera involucrado en actos terroristas. En 1998 ya se había convertido en el “enemigo público N°1" de Estados Unidos y su nombre aparecía vinculado a cualquier atentado.

7. ¿Existe Al Qaeda?

A mediados de los noventa la Unión Soviética dejó de existir como contrapeso de la hegemonía de Washington, el nacionalismo árabe pasó a ser un vago recuerdo, Irán ya no era un faro de inspiración revolucionaria, varios movimientos islámicos habían sido reprimidos hasta su atomización, la OLP comenzó un proceso de negociación con el Estado de Israel, y Estados Unidos no solamente mantuvo el bloqueo a Irak, sino que también logró por primera vez una firme presencia militar en tierras árabes, invitado por los gobernantes sauditas.

Es en este contexto que se desarrolla Al Qaeda como único factor visible de oposición a la política norteamericana en el Medio Oriente. Si los movimientos islámicos habían fracasado en su intento por tomar el poder y enfrentar los proyectos de dominación norteamericana, el discurso de Bin Laden sostenía que la violencia terrorista contra la primera potencia mundial reemplazaría la organización nacional, con la esperanza de que ésta sirviera para atraer adeptos y movilizar a las masas árabes y musulmanas.

Alrededor del surgimiento de Al Qaeda hay mucho misterio, ya que son muy pocos los autores que hablan de un “acta fundacional” o programa político que proclame su creación.

Siendo Al Qaeda una expresión en árabe que significa infraestructura, base, asentamiento o regla, conducta moral, no queda claro cuándo nace “formalmente” o desde cuándo se comienza a utilizar esta expresión.

Afzal Khan -que ha trabajado para diversas agencias de inteligencia británicas y norteamericanas, incluyendo el Departamento de Estado- resalta la influencia paquistaní en el desarrollo de Bin Laden. “El presidente Zia-ul Haq cruzó el Rubicón después de aceptar con el aliento de Estados Unidos millones de

dólares aportados por los saudíes para difundir el mensaje wahabita, una secta fundamentalista del islam sunnita. El principal jugador en esa transferencia de la riqueza petrolera para apoyar la yihad contra los rusos infieles fue Usama Bin Laden. Él llegó a Peshawar (Pakistán) -con la bendición de la realeza saudí- para luchar la yihad (…) lo que luego se transformó en Al Qaeda en 1989". Muchos analistas consideran que la oficina fundada en 1984 en Pakistán, con el nombre originario de MAK (Maktab al Khidmat lil Mujahidin al-Arab u Oficina del Servicio Afgano), sirvió como punto de partida para reclutar voluntarios que desearan combatir en Afganistán y luego se transformó en Al Qaeda, aunque otros señalan que nació en 1998, ya como un grupo trabajando en red en diferentes partes del mundo.

Gilles Kepel, del Institut d'Études Politiques de París y autor de *La Yihad*, sostenía que en 1988 Bin Laden "creó una base de datos, inventarió a los yihadistas y a otros voluntarios que pasaban por los campos. Esto dio lugar a una estructura organizativa creada en torno a un fichero informatizado cuya apelación árabe, al Qa'ida ('la base' de datos), se hizo célebre diez años más tarde, cuando fue considerada como una red terrorista ultrasecreta por la justicia americana". El saudí Saad al-Faqih, del Movimiento por una Reforma Islámica en Arabia -opositor del gobierno saudí-, sostiene que el término "Al Qaeda" es usado más que nada por los norteamericanos ya que los seguidores de Bin Laden originariamente lo utilizaban sólo para referirse a un sistema de documentación de fines de los años ochenta. Al Faqih sostiene que tampoco elaboraron textos en los cuales se refieren a sí mismos como una organización, ya que en la cultura saudí no es necesario "nombrar" una organización y por eso siempre se referían hacia ellos mismos como "Muyahidines" (combatientes), Yihad o "árabes afganos". Más aun, Al Faqih asegura que un texto de doce páginas escrito por Bin Laden en 1996 fue descartado cuando el egipcio Ayman al-Zawahiri le dijo que lo olvidara ya que nadie lo leía.

En una entrevista realizada por Taysir Allouni, corresponsal de Al Yazira en Kabul, en octubre de 2001, Bin Laden decía que "la situación no es como la muestra Occidente ya que no hay una ´organización´ con un nombre específico (como Al Qaeda) o algo así. Este nombre en particular es muy viejo. Nació sin ninguna

intención. El hermano Abu Ubaida al-Banshiri creó una base militar para entrenar a los jóvenes y pelear contra el brutal, arrogante, vicioso y terrorífico imperio soviético (…). Así que este lugar fue llamado ´ La Base ´ (Al Qaeda), como un lugar de entrenamiento. Así este nombre nació y creció.” Por eso algunos sostienen que desde un primer momento fue “Qaedat al yihad”, es decir la base de la yihad en el sentido militar del término

Rohan Gunaratna, profesor asociado del Instituto de Defensa y Estudios Estratégicos de Singapur y autor del libro *Dentro de Al Qaeda, la red global del terror* considera que sí existe un texto fundacional, escrito por Abdula Azam en 1988, donde se señalaba que “Al Qaeda debía desempeñar el papel de vanguardia pionera de los movimientos islámicos”. También el paquistaní Ahmed Rashid, autor de uno de los libros más exhaustivos y documentados sobre los Talibán, cree que existe un texto fundacional; pero a diferencia de Gunaratna, dice que surgió en una reunión del 23 de febrero de 1998 en la cual “todos los grupos asociados con Al Qaeda firmaron un manifiesto bajo la égida del ´Frente Islámico Internacional para la yihad contra Judíos y Cruzados´.” Según el MidEast web el texto fue originariamente publicado en árabe en el diario londinense Al Quds al-Arabi ese mismo día y fue firmado por Bin Laden, Ayman al-Zawahiri, Abu-Yasir Rifa'i Ahmad Taha, Mir Hamzah y Fazlur Rahman. Si bien es un texto corto, tiene tres ejes muy precisos. En primer lugar, menciona la ocupación desde hace siete años de los lugares sagrados del islam por parte de Estados Unidos. Segundo, el bloqueo de Irak y sus efectos provocado por la alianza “cruzado-sionista”. Tercero, afirma que “si el objetivo de los americanos es religioso y económico, su intención es servir al pequeño estado judío”. “Todos estos crímenes -continúa- son una clara declaración de guerra contra Alá, su mensajero y los musulmanes”. La conclusión es clara: una “fatwa” dirigida a todos los musulmanes con la orden de “matar los americanos y sus aliados, civiles y militares ya que esto es un deber individual para cada musulmán que pueda hacerlo en cualquier país que sea posible”. La expresión “fatwa” aparece en el texto original a pesar de que Bin Laden no es una autoridad teológica -concretamente un mufti- como para pronunciar una fatwa.

[8]

Más allá de los datos precisos (o imprecisos), no cabe la menor duda de que la figura de Bin Laden es central y que su autoconstrucción como referente político es un producto directo, en primer lugar, de la lucha contra los soviéticos y del aura mística de lo que esta lucha significó. Según el redactor jefe de la cadena Al-Arabiya de Dubai, Salah Najm, "la leyenda de Bin Laden y los combatientes árabes en Afganistán nació y se desarrolló gradualmente después de que un campo militar denominado Al Ansar o 'el campo de los árabes' fuera bombardeado por los soviéticos en 1987. Los combatientes afganos se retiraron cuando comenzaron los ataques; pero un grupo de no más de 35 personas, liderados por el Shaij Abdallah Azam y Usama Bin Laden resistieron durante dos semanas de feroces combates."

En una entrevista concedida por Bin Laden en 1996 al periodista británico Robert Fisk -que lo entrevistó en Sudán y Afganistán incluso antes de que se convirtiera en el "enemigo público número uno" - comentó: "una vez estuve a 30 metros de los rusos y estaban tratando de capturarme. Me bombardearon, pero tenía tanta paz en mi corazón que me dormí. Esta experiencia ha sido escrita en nuestros primeros libros. Vi un mortero de 120 mm. que cayó enfrente de mí, pero no explotó. Cuatro bombas más lanzaron desde un avión ruso sobre nuestra sede central pero no explotaron. Nosotros vencimos a la Unión Soviética. Los rusos se escaparon". Fisk también cuenta que "no hubo entrevista que él no interrumpiera para cumplir con sus oraciones; sus partisanos -provenientes de Argelia, Egipto, los estados del Golfo, Siria- se arrodillaban a su lado, pendientes de la menor palabra que él me dirigiera, como si se tratara del mesías."

Un análisis del discurso de Bin Laden a través de la gama de entrevistas

[9] concedidas a diversos medios de comunicación permite ver que se centra en enunciar que atacará todo aquello que en el mundo árabe e islámico puede ser percibido como una reivindicación popular. Lo fue en su momento la lucha contra los soviéticos en Afganistán, y una vez que éstos se retiraron en 1989 y desapareció el contexto global de la Guerra Fría, lo es Estados Unidos, hoy como

la única superpotencia mundial contra la cual también hay que luchar. A pesar de los orígenes religiosos diferentes, Bin Laden retomó la idea del Imam Jomeini de luchar contra los norteamericanos luego de la caída de la Unión Soviética. “El mundo contemporáneo ha estado dominado por dos imperios malvados: la Unión Soviética y Estados Unidos -decía Jomeini-. Ahora, uno de los dos imperios, el comunista, colapsó gracias a que las fuerzas del islam lo derrotaron en Afganistán. Nuestras energías deben dirigirse a desmantelar la otra encarnación de la perfidia que es América, el Gran Satán”.

Es así que se puede comprender que a su regreso de Afganistán el eje de su discurso fuera la condena a la presencia de las tropas norteamericanas en Arabia Saudita después de la Guerra del Golfo en 1991, la ocupación de Palestina y las dos mezquitas de Jerusalén por parte de los judíos, la masacre de musulmanes en Chechenia y Bosnia y el bloqueo en Irak. El odio hacia Estados Unidos y el Estado de Israel es real y Bin Laden “verbaliza” lo que la inmensa mayoría de los musulmanes “siente”, y cualquiera puede percibir en un café en El Cairo, Teherán o Karachi. Su discurso es sencillo, rayano con lo simplista y sin grandes elucubraciones teológicas o teóricas. En noviembre de 1996 decía: “la evidencia muestra que América e Israel matan a los hombres más débiles, a las mujeres, y a los niños en el mundo musulmán y en todos lados. Algunos ejemplos de esto se pueden ver en la reciente masacre de Qana en el Líbano, y la muerte de más de 600 mil niños iraquíes por la falta de alimentos y medicinas por el boicot y las sanciones contra el pueblo musulmán iraquí, también evitando que le lleguen armas a los musulmanes de Bosnia Hercegovina dejándolos inermes a manos de los cristianos serbios que violaron y masacraron de manera que no vio la historia contemporánea”. Robert Fisk recuerda que siempre se refería a los miles de niños iraquíes muertos a raíz de las sanciones de las Naciones Unidas. "La muerte de estos niños iraquíes es parte de una cruzada contra el islam. En tanto musulmanes, no nos gusta el régimen iraquí, pero pensamos que el pueblo iraquí y sus hijos son nuestros hermanos y nos preocupa su futuro."

La cuestión palestina, desde una perspectiva islámica, no genera dudas respecto de la lucha por su liberación en todo el mundo árabe e islámico. En el libro *Yihad en el islam, cómo comprenderlo y*

practicarlo, Muhammad Said Al Buti le dedica un capítulo entero a la "salvación" de Palestina. Si bien el libro intenta explicar las condiciones pacíficas para la yihad, en el capítulo mencionado se expresa claramente que "Palestina, en términos de la ley islámica, es del ámbito islámico, no importa cómo los judíos se hayan asentado en su suelo (…) todos los musulmanes tienen que practicar la Yihad para recuperar Palestina".

Al Buti no es Bin Laden. La diferencia entre ellos es que Al Buti encarna el discurso teológico-teórico de un académico y Bin Laden el teológico-práctico que incluye acciones concretas. Bin Laden siempre deja traslucir que lo suyo es una "respuesta" y que los norteamericanos, judíos y cristianos deben sentir el sufrimiento que el mundo islámico siente desde hace años. Refiriéndose al ataque de la embajada de Estados Unidos en Kenya en 1998 Bin Laden decía: "Gracias a dios el ataque fue exitoso y grandioso. Se lo merecían. Les hizo probar lo que nosotros probamos con las masacres de Sabra y Shatila (Líbano), Dir Iassin (Palestina), Qana (Líbano), Hebrón (Palestina) y en todas partes."

La organización de un movimiento con profundas raíces sociales que tenga la capacidad de disputar el poder, sea éste islámico, marxista o de cualquier otro signo ideológico, es una tarea que suele llevar años. Hay que lograr una profunda penetración ideológica y práctica, luchar en los términos que plantea un Estado constituido (o cuestionar sus bases); la historia ha demostrado que muchos partidos o movimientos de masas han desaparecido después de tener el apoyo de la mayoría de la población. Por otra parte, todos los movimientos revolucionarios del siglo veinte siempre han buscado un "referente" en las diferentes revoluciones con el cual identificarse y que les ha servido como base de intercambio teórico y práctico, amén del apoyo logístico para la lucha en sus propios países. Esto fue así con las revoluciones rusa, china, cubana e iraní.

[10] Sin embargo, Bin Laden no se acercó a la revolución iraní (por claras diferencias teológicas e ideológicas), ni su estadía en Sudán fue producto de la identificación con el régimen islámico sunnita liderado por Hassan Turabi que, desde un país extremadamente pobre, intentó ser otro "faro" islámico revolucionario. La relación con los sudaneses fue más que nada instrumental y de transmisión

de conocimientos técnicos de su experiencia como constructor, muy lejos de la estrecha vinculación política, ideológica militar que puede tener -por ejemplo- el Hezbolá con Teherán o la que tuvieron los partidos comunistas con Moscú y Pekín, o los movimientos revolucionarios con La Habana en América Latina

Más allá del significado de la violencia política y/o revolucionaria, y que este trabajo no se propone juzgar, parece tarea más "sencilla" reclutar grupos de activistas dispuestos a realizar actos terroristas que golpeen el corazón de Occidente, que desarrollar un movimiento de masas con objetivos a muy largo plazo, amén de las dificultades que representa para un musulmán realizar tareas clandestinas en un país no musulmán e incluso esconder su identidad. Pero, justamente, el concepto de *taqiyya* les permite adaptarse al entorno disimulando la propia religión, especialmente en tiempos de persecución y peligros y reclutar activistas en un círculo muy íntimo.

Está claro que los atentados a las Torres Gemelas o los de Madrid no representan ninguna intención de convencer a la población local de luchar contra el gobierno, o los dueños del capital, aunque también parece existir debates entre los diferentes referentes asociados a Al Qaeda. En octubre de 2005 la Casa Blanca difundió la traducción de una carta supuestamente escrita por quien define como la mano derecha de Bin Laden, Ayman al Zawahiri. La misma estaría dirigida al líder de Al Qaeda en Irak, Abu Musab al Zarwawi. En ella Zawahiri le estaría cuestionando a Zarwawi la extrema violencia en el asesinato de rehenes porque las masas no entenderían ni aprobarían el degüello de los mismos. La autenticidad de la carta es difícil de comprobar, pero el debate resulta verosímil.

Salvo en los principios de los noventa cuando Bin Laden expresó su rechazo a la presencia de las tropas norteamericanas, ni en su país o el vecino Sudán su objetivo fue la construcción de un movimiento social contestatario antigubernamental, lo que lo coloca en las antípodas políticas de los movimientos islámicos como Hezbolá, Hamas, o el FIS, que buscan construir organizaciones de masas. Tampoco lo intentó en Afganistán porque allí se trataba de luchar contra una ocupación extranjera. Y cuando regresó, después de su expulsión de Arabia Saudita y Sudán, se encontró con un país

gobernado por los Talibán que le permitieron instalarse allí y moverse con mayor libertad a pesar del amplio rechazo y desconfianza que hacia ellos sentía el mundo musulmán.

8. El 11 de septiembre

Los atentados a las Torres Gemelas en el corazón de Nueva York, y al Pentágono en Washington, provocaron un verdadero terremoto en la agenda política internacional. Por haber sido atacada la primera potencia mundial; por la magnitud de los atentados y su secuela de muertos; por la compulsión de modificar la agenda de política exterior que tenía planificada el presidente George Bush (h); por las secuelas económicas, culturales y políticas que dejarán en la sociedad estadounidense, por la posterior ocupación de Afganistán e Irak y por lo que despertó en el resto del mundo. Si el historiador inglés Eric Hobsbawm afirma que el siglo XX finalizó con la caída del Muro de Berlín, en Estados Unidos surgieron otros planteando que el siglo XX se había extendido hasta el 11 de septiembre de 2001 y que -en realidad- ese día marca el comienzo del siglo XXI.

Amén del debate teórico que pueda haber al respecto, no cabe duda de que los atentados marcan "un antes y un después", y que todo análisis del fenómeno terrorista tendrá que tomar en cuenta múltiples factores que seguramente seguirán apareciendo como consecuencia de lo sucedido en Estados Unidos el 11 de septiembre. A su vez, esta nueva "guerra" contra el terrorismo debe ser comprendida en el marco de los efectos de una globalización que hoy incluye solamente al 15 por ciento de la población mundial, mientras otro 60 por ciento, por ejemplo, nunca ha realizado una llamada telefónica. La violencia terrorista y los atentados del martes 11 no son una consecuencia directa de la globalización, pero para comprender de qué manera están imbricados es inevitable analizar qué vinculación existe entre ambos fenómenos a comienzos del siglo XXI y qué rol le cabe a Estados Unidos, locomotora indiscutible de esta globalización.

En la década del noventa las numerosas referencias a la "globalización" han convertido este concepto en un término vacío de contenido y precisión. Simplificando, podría decirse que desde los años setenta la “globalización” parece ser un simple catálogo de todo lo que puede sonar a novedad: ya sean los avances en la tecnología de la información, el uso generalizado del transporte, la especulación financiera, el creciente flujo internacional del capital, la “disneyficación” de la cultura, el comercio masivo, el calentamiento global, la ingeniería genética, la CNN y sus transmisiones en directo desde cualquier punto del planeta, el poder de las empresas multinacionales o la nueva división y movilidad internacional del trabajo.

La “globalización” y los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre están hilvanados por cuatro hechos que se entrecruzan y retroalimentan; dos de ellos históricos y dos del ámbito de las ideas. Primero, la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre, que, como representación simbólica, marcó el comienzo del fin del mundo bipolar y del enfrentamiento Este-Oeste al desaparecer la Unión Soviética en 1991, dejando a Estados Unidos como única e indiscutida superpotencia. Segundo, el polémico artículo escrito en 1989 por el politólogo Francis Fukuyama, funcionario del Departamento de Estado en la presidencia de Ronald Reagan, profetizando sobre el fin de la historia e identificando al capitalismo liberal como la única sociedad capaz de satisfacer los anhelos más profundos y fundamentales de los seres humanos. Tercero, la Guerra del Golfo en febrero de 1991, que dio paso al intento de remodelar un “Nuevo Orden Internacional”, definición acuñada por el presidente de Estados Unidos, George Bush (p), y que representa los claros intereses estratégicos de Washington de erigirse como potencia hegemónica en el ámbito militar, económico y político al desintegrarse el Bloque Soviético. Cuarto, el debate instalado en 1993 por el politólogo de Harvard, Samuel Huntington, acerca del “choque de civilizaciones” como eje de la política mundial y señalando al islam como el nuevo enemigo de occidente.

Si bien estos cuatro elementos brindan un marco referencial que permite un acercamiento a la nueva situación mundial desencadenada el 11 de septiembre, no es menos cierto que resulta

extremadamente complejo tratar de definir el carácter de esta crisis internacional y la naturaleza del conflicto que se asemeja a las cajas chinas: a medida que se abre una surge otra y no se puede vislumbrar cómo será la última de ellas. Al Qaeda es una de ellas.

La globalización de fines del siglo XX no puede ser analizada en abstracto, ya que no significa sólo los avances tecnológicos desprovistos de contenido ideológico. Esta globalización, a diferencia de otras, está impregnada del bagaje ideológico neoliberal que santifica la supremacía de los mercados. Algunos de sus postulados, diseminados cual dogma religioso incuestionable, plantean la eliminación de todas las barreras al comercio, de los subsidios y de las regulaciones para todos los productos; que todo lo público es "ineficiente" y el Estado intrínsecamente perverso; que la única manera para que las empresas de servicios funcionen es privatizándolas; la necesidad de achicar el Estado y bajar el gasto público; la flexibilización y "modernización" de los mercados laborales y la reducción de los gastos sociales.

En la década de los noventa la globalización estuvo marcada por dos ejes. Primero, la "globalización" del capital y su expansión a los países ex comunistas y la conquista neoliberal de economías del Tercer Mundo.

Segundo, la "Mc-donalización" de la esfera cultural, económica y social. Para muchos pueblos, desde Chiapas, pasando por Moscú o El Cairo, la globalización representa la sistemática penetración e imposición de valores, comportamientos, instituciones e identidades que incluyen el blue jeans, la hamburguesa, la Coca Cola, MTV y la CNN como símbolos representativos. Y todos ellos norteamericanos.

Es indudable que Estados Unidos despierta sentimientos contradictorios. Por un lado es admirado su estilo de vida -el tan difundido "*american way of life*" -, la construcción de su sistema democrático, la libertad de prensa y expresión, y un conjunto de valores que seducen en especial a las capas medias y altas de muchos países. Pero, aunque a los occidentales les cueste aceptarlo, este modelo dista de seducir a todos los pueblos poseedores de tradiciones milenarias, que son mayoría sobre la tierra. El economista y ex consultor del vicepresidente Al Gore, Jeremy Rifkin, reconoció a seis días de los atentados del martes 11: "no podemos imaginar que haya alguien que no aspire a nuestra forma

de vida (…) Gran cantidad de musulmanes experimentan una cierta sensación de orgullo por lo que llevó a cabo Usama Bin Laden”. Sin ánimo de justificar los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono, la realidad indica que en la relación ambivalente que existe entre la aceptación y el rechazo, estos atentados, fuera de Estados Unidos y no solamente en un puñado de fanáticos en el mundo islámico, fueron percibidos con “sabor a revancha” y “comprensión”, independientemente de la identidad de los autores.

Los sentimientos encontrados que despierta Estados Unidos, como única superpotencia en pie después de la desaparición de la Unión Soviética, deben ser tomados en cuenta al analizar la globalización neoliberal y los atentados del 11 de septiembre. Es imposible comprender la relación entre ambos hechos sin recordar que los norteamericanos se consideran superiores al resto del mundo. Henry Kissinger, figura clave de la política exterior norteamericana durante décadas, escribía en 1993 que "por ser la única nación explícitamente creada para reivindicar la idea de libertad, los Estados Unidos siempre creyeron que sus valores eran relevantes para el resto de la humanidad. (Por eso) el impulso de una obligación misionaria por transformar el mundo a nuestra imagen". Anthony Lake, asesor de Seguridad Nacional de Clinton, también reconocía ese mismo año que "debemos promover la democracia y la economía de mercado en el mundo porque eso protege nuestros intereses y nuestra seguridad y refleja los valores que son a la vez americanos y universales. Nuestro liderazgo es buscado y respetado en los cuatros rincones de la tierra. Nuestros intereses ideales nos obligan no solamente a embarcarnos, sino también a dirigir".

Esta cosmovisión, típicamente etnocentrista, consiste en observar a todos los otros grupos étnico-nacionales a través del prisma de la superioridad del propio grupo, dotado de todas las cualidades posibles, frente a la inferioridad intrínseca de los “otros”.

En el ámbito de los formadores de opinión se considera que existe un odio incomprensible hacia Estados Unidos. El 13 de septiembre de 2001, Thomas Friedman, uno de los columnistas más importantes del *The New York Times*, señalaba que los estadounidenses debían comprender que los terroristas “no odian sólo nuestras políticas sino que odian nuestra misma existencia” y

en el Medio Oriente “no hay que olvidar que somos su único rayo de esperanza (…) Éste no es un enfrentamiento entre civilizaciones sino entre una moderna y progresista visión del mundo y otra medieval”.

Esta autopercepción es muy poco compartida fuera de Estados Unidos. Jean Daniel, director de la revista francesa *Le Nouvel Observateur*, afirmaba el 14 de septiembre de 2001 que “los norteamericanos tienen tal sentimiento de inocencia que nunca sabrán lo que expían. Había en la arrogancia de su buena fe un desprecio protector que pueblos, sociedades e individuos encontraban humillante”.

La representación de un enfrentamiento entre civilizaciones, entre la occidental moderna y progresiva y el islam como medieval y bárbara, no sólo es históricamente incorrecta, sino totalmente falaz: el siglo XX ha conocido varias y profusas masacres, y algunas de las más “importantes” han sido realizadas por la civilización industrial occidental.

La planificación hasta el último detalle del exterminio de un pueblo, con campos de concentración y cámaras de gas, fue realizada por Alemania, la nación más avanzada del planeta en la década del treinta. Tal cual señala el sociólogo Zygmunt Bauman en su libro *La Modernidad y el Holocausto*, "como toda otra acción conducida de manera moderna -racional, planificada, científicamente informada, dirigida de forma eficaz y coordinada- el Holocausto dejó atrás todos sus pretendidos equivalentes premodernos, revelándolos en comparación como primitivos, antieconómicos e ineficaces (…) Se eleva muy por encima de los episodios de genocidios del pasado, de la misma forma que la fábrica industrial moderna está bien por encima de la oficina artesanal". Esto es, la máquina de muerte fue formidablemente moderna, tecnológica y "racional". Las bombas que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki -y en menor medida sobre la ciudad alemana de Dresden-, aunque no tuvieron como objetivo provocar el genocidio de todo un pueblo, aniquilaron a casi 300 mil personas con el fin de poner de rodillas a los japoneses y alemanes y “mostrar” el enorme poderío tecnológico de Estados Unidos al nuevo/viejo enemigo, la Unión Soviética. Al analizar Hiroshima el sociólogo brasileño Michael Löwy sostiene que representa un nivel

superior de modernidad, tanto por la novedad científica y tecnológica representada por la bomba atómica, como por el carácter todavía más lejano, impersonal, puramente "técnico" del acto exterminador como lo es presionar un botón y abrir la escotilla que libera la carga nuclear. Esa modernidad se encuentra en la cúpula norteamericana que toma - después de haber pesado cuidadosa y racionalmente los pro y los contras- la decisión de exterminar la población de Hiroshima y Nagasaki: un organigrama burocrático complejo compuesto por científicos, generales, técnicos, funcionarios y políticos tan grises como Harry Truman, en contraste con los accesos de odio irracional de Adolf Hitler y sus fanáticos. Hay que recordar que el presidente Truman justificó la bomba diciendo que “el mundo tendrá que saber que la primera bomba atómica se arrojó sobre Hiroshima, una base militar. Esto ocurrió así porque quisimos evitar, en la medida de lo posible, la muerte de civiles".

En esta antinomia civilización vs. barbarie, el islam aparece como el “nuevo enemigo de Occidente” y es presentado como retrasado, fanático y bárbaro. Ya en 1985, mucho antes de que aparecieran Bin Laden y Al Qaeda, el reconocido intelectual palestino Edward Saïd, decía que "existe un consenso sobre el islam como una especie de chivo emisario para cualquier suceso que no nos guste sobre los nuevos modelos políticos, sociales y económicos a nivel mundial. Para la derecha, el islam representa barbarismo; para la izquierda, una teocracia medieval; para el centro, una especie de exotismo desagradable. A pesar de que se sabe muy poco sobre el mundo islámico existe un acuerdo de que allí no hay demasiado que se pueda aprobar." Las imágenes de Afganistán y las mujeres tapadas de pies a cabeza, asociadas con la destrucción de las Torres Gemelas, no hacen más que acrecentar esta antinomia simplista y maniquea de “civilización o barbarie”.

De todas maneras, más allá de las declamaciones principistas, casi como reflejo natural producto de la mezcla de dolor, bronca y el deseo de revancha del día después, los principales medios de comunicación estadounidenses y el propio gobierno tuvieron que salir a buscar una causa que explicara el porqué de los atentados en el corazón de Estados Unidos. Y la encontraron en la política exterior de la Casa Blanca y especialmente en su relación con el

Medio Oriente y el mundo árabe-islámico.

El 15 de septiembre, Jim Hoagland, del *Washington Post*, señaló que no se trataba de un ataque "contra la democracia o la civilización occidental (como afirmaba Friedman) sino que es un ataque contra Estados Unidos por razones específicas y rebuscadas que casi con seguridad tienen su origen en el Golfo". El 27 de septiembre, un editorial del *The New York Times* reconocía que "Estados Unidos tiene una larga y calamitosa historia de tumbar gobiernos que no son amigos nuestros. Las repercusiones negativas de los golpes de Estado en Guatemala e Irán en época de la Guerra Fría todavía persiguen a Washington hasta el día de hoy." Podríamos abundar en citas provenientes de periodistas e intelectuales que durante la semana del martes 11 colocaron la política exterior de Estados Unidos en el corazón de la nueva crisis internacional. Pero el reconocimiento más revelador de la relación existente entre política exterior y terrorismo fue dado por el ex presidente Jimmy Carter doce años antes del martes 11. En 1989 escribía en el *The New York Times*: "sólo hace falta ir al Líbano, Siria o Jordania para ver el inmenso odio de la gente hacia Estados Unidos porque nosotros hemos bombardeado sin piedad y matado a gente inocente, mujeres y niños, campesinos y sus esposas (…) Como resultado de ello, para esa gente que está profundamente resentida nos hemos convertido en un especie de diablo. Eso llevó a que tomen rehenes y eso precipitó algunos ataques terroristas".

Los problemas de Estados Unidos no provienen solamente de su intervención en el Medio Oriente, en realidad, el problema central que ha quedado al descubierto después del 11 septiembre es la extrema hegemonía ejercida por Estados Unidos sobre el conjunto del mundo una vez desaparecida la Unión Soviética. Esta extrema -e indiscutida- hegemonía se refleja en todos los ámbitos, desde lo político hasta lo militar, pasando por lo económico y lo social, y en cada uno de estos aspectos influye sobre el resto de la humanidad. El gobierno de Estados Unidos se niega a ratificar el Tratado de Kyoto aunque emite el 25% de los gases que producen el efecto invernadero, se retira de la Conferencia contra el Racismo y la Xenofobia organizada por las Naciones Unidas, impide la producción de medicamentos genéricos para luchar contra el SIDA porque afecta los intereses de los grandes laboratorios, no apoya la

creación del Tribunal Penal Internacional para que éste no pueda obligar a comparecer a ciudadanos estadounidenses o no firma la Convención por los derechos de los niños, entre tantos otros hechos de los últimos años. Lo que queda reflejado es que la primera potencia mundial utiliza su extrema hegemonía para beneficiar únicamente sus propios intereses y los de sus coyunturales aliados. Esto provoca un rechazo muy amplio, que va mucho más allá de Bin Laden, a quien, por otra parte, ni siquiera parece interesarle casi ninguno de los puntos señalados.

Más aun, Estados Unidos se arroga el derecho moral de intervenir donde sea si lo considera necesario, y obsesionado por Bin Laden lo hace aparecer en cualquier punto del planeta. Mientras Washington bombardeaba Afganistán en noviembre de 2001, intervenía activamente en las elecciones presidenciales de Nicaragua para evitar un posible triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional liderado por el ex presidente Daniel Ortega. El gobernador Jeff Bush -hermano del presidente- se "sumó" a la campaña electoral advirtiendo que "Daniel Ortega es un enemigo de todo lo que Estados Unidos representa. Y él es también un amigo de nuestros enemigos", en clara alusión a una supuesta afinidad ideológica entre Ortega y Bin Laden.

Pocas semanas antes del 11 de septiembre de 2001 un estudio de uno de los *think tank* más influyentes de Estados Unidos, la RAND Corporation, de cuyas filas también proviene el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, señalaba que "hoy el rol del poder militar de Estados Unidos puede ser definido ampliamente: proteger y promover los valores y los intereses americanos y los de sus aliados virtualmente en cualquier lugar del mundo. A veces ese rol implica pelear guerras, mayormente, prevenirlas". El mismo 11 de septiembre el presidente George Bush fue categórico: "estamos en guerra".

9. De Nueva York a Bagdad

Para comprender el período que se inicia después de los ataques del martes 11 hay que tomar en cuenta dos fases. La primera va desde ese día hasta la caída del régimen de Saddam Hussein en abril de 2003, pasando por la invasión de Afganistán y el derrocamiento de los Talibán el 13 de noviembre. La segunda aún no se ha cerrado, pero claramente comenzó con la ocupación de Irak y la permanencia de las tropas norteamericanas en suelo iraquí. Ambas son parte de lo que Estados Unidos ha declarado de manera difusa e imprecisa como la "guerra global contra el terrorismo", que excede la captura de Bin Laden, el éxodo de los Talibán del poder, o la intención de recomponer el sistema político de Afganistán e Irak.

Durante la primera fase Estados Unidos apareció claramente como víctima porque fue atacado en su territorio, porque hubo miles de muertos y porque la destrucción fue transmitida una y otra vez a todos los rincones del planeta.

Golpeado por un enemigo feroz y fantasmagórico, Washington necesitó rápidamente identificar con nombre y apellido a ese enemigo para devolver el golpe y calmar la angustia de una población en estado de shock, aterrorizada por la posibilidad de nuevos ataques, y dolida por las imágenes de la muerte en el corazón de Nueva York. En segundo lugar, la retaliación (así se la llamó) respondió a la necesidad de la primera potencia mundial de demostrar que ningún enemigo puede amedrentarla, que el crimen no quedaría impune y para demostrar que la vida podía volver "a la normalidad", como lo aseguró el presidente Bush, megáfono en mano, sobre los escombros de las Torres Gemelas.

Una vez señalado Bin Laden como culpable de los ataques, Estados Unidos buscó construir una "Coalición Internacional contra el Terror" que le diera legitimidad en su difusa e incierta lucha

global contra el terrorismo y un “cheque en blanco” a una ofensiva militar allí donde se realizara. Como era lógico de esperar, primero apeló a su propio Congreso -donde consiguió un voto casi unánime de apoyo- y a los países occidentales más poderosos, para luego comenzar a tejer una red de nuevas alianzas, impensada un mes antes de los atentados. La ofensiva diplomática logró el apoyo explícito e implícito de casi todas las naciones y que los tres países que mantenían vínculos con el régimen de los Talibán -Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y Pakistán- los cortaran.

El apoyo sin precedentes a Estados Unidos le permitió a Washington “comunicar” sus intenciones de atacar Afganistán buscando amparo en el artículo 51 del capítulo 7 de la Carta de las Naciones Unidas

[11], que le otorga el derecho a un país de responder a una agresión, pero provisoriamente hasta que el Consejo de Seguridad tome las medidas que considere convenientes.

Ante la presencia de la primera potencia mundial como víctima, muy pocos cuestionaron la legitimidad jurídica de la intención de Estados Unidos de comenzar los bombardeos sobre Afganistán el 7 de octubre. Sin embargo, Michael Mandel, profesor de Derecho en Osgoode Hall Law School, Toronto, y especialista en derecho penal internacional, escribió que “el Artículo 51 otorga a un Estado el derecho a repeler un ataque que se está llevando a cabo o es inminente, como una medida temporal hasta que el Consejo de Seguridad de la ONU pueda tomar las medidas necesarias para la paz y la seguridad internacionales (y) el derecho a la autodefensa unilateral no incluye el derecho a las represalias una vez que el ataque ha parado. El derecho de autodefensa en derecho internacional es como la legítima defensa en nuestro propio derecho: Te permite defenderte cuando la ley no está alrededor, pero no te permite tomarte la justicia por tu mano.” En otras palabras, Mandel sostiene que la invasión a Afganistán era ilegal según el derecho internacional porque no existía ningún peligro de un posible ataque de los gobernantes de Kabul. Claro que la primera potencia mundial actuó siguiendo la lógica esbozada de manera diáfana por Madelaine Albright, la ex secretaria de Estado, “Estados Unidos actúa multilateralmente cuando puede y unilateralmente si

debe hacerlo".

Para justificar la invasión a Afganistán el gobierno de Estados Unidos manifestó que los Talibán se habían negado a las cuatro exigencias formuladas por el presidente Bush: la entrega de Bin Laden, el cierre de sus campos de entrenamiento, el permiso de inspecciones internacionales en suelo afgano y la liberación de ocho cooperantes internacionales.

El reiterado cambio de discurso del Departamento de Estado respecto de los objetivos en Afganistán reflejó más que nada la necesidad de encontrar una justificación a los bombardeos de la primera potencia mundial sobre uno de los países más pobres del planeta.

Una vez conseguido el consenso de las naciones "occidentales" y el apoyo de la mayoría de los países árabes e islámicos no quedaba ningún escollo para deshacerse del régimen Talibán. Claro está que cada uno de los países que aprobó los bombardeos lo hizo por intereses particulares. El 26 de octubre de 2001, en su habitual columna del *The New York Times*, Thomas Friedman se lamentaba que Estados Unidos estuviera solo en esta guerra. "Mis amigos americanos -decía- odio decir esto, pero excepto por los viejos y buenos *brits,* estamos solos (…) ¿Por qué tuvimos tantos aliados en la Guerra del Golfo contra Irak? (1991) Porque los saudíes y kuwaitíes compraron esa alianza. Compraron al ejército sirio con billones para Damasco. Nos compraron a nosotros y los europeos con las promesas de los contratos de la gran reconstrucción y pagando nuestros costos (…) Lamentablemente la muerte de 5 mil inocentes americanos en Nueva York no le mueve un pelo al resto del mundo." Fiel a su tradición Estados Unidos también hizo uso de la presión política para conseguir, como en el caso de Pakistán, un giro de 180 grados en la política del gobierno. Dos años después de liderar un golpe de Estado -condenado en Occidente-, el general Pervez Musharraf se sacó el uniforme militar para ponerse el civil y obtuvo de las principales potencias occidentales la "legitimidad" que precisaba para seguir gobernando de espaldas a las tradiciones democráticas que Occidente dice impulsar en todo el planeta.

La desigualdad de fuerzas y recursos, la falta de imágenes sobre los bombardeos, la huida de miles de afganos por causa de las bombas, y los famosos "daños colaterales", que no son otra cosa que

un eufemismo para indicar que las bombas han caído sobre civiles, no hicieron más que incrementar las dudas y el rechazo -no sólo en el mundo árabe e islámico- a la ofensiva militar que, en un primer momento, había planteado como objetivo la captura de Bin Laden y la liquidación del terrorismo. Según David Miller, del Stirling Media Research Institute, la mayor encuesta internacional sobre la guerra la realizó Gallup International en 37 países y -salvo en Estados Unidos, India e Israel- la mayoría de los encuestados prefería la extradición y un juicio de los sospechosos antes que los bombardeos de Estados Unidos.

A pocos días de comenzados los bombardeos, el *Washington Post* divulgó que los directivos de la CNN -nuevamente actuando como "brazo mediático" de la Casa Blanca - les ordenaron a sus periodistas "balancear las imágenes de las bajas civiles en las ciudades afganas con recordatorios que los Talibán cobijaban terroristas asesinos y diciendo que era muy perverso focalizar demasiado en las bajas o las penurias de Afganistán". El mensaje era claro: que nadie olvidara que la invasión a Afganistán era consecuencia directa del ataque a las Torres.

La organización no gubernamental estadounidense FAIR (Fairness and Accuracy In

Reporting), que estudia los medios de comunicación, reveló que en un memo interno Walter Isaacson, un ejecutivo de la CNN, decía que "debemos hablar de cómo los Talibán usan a los civiles como escudos humanos y cómo los Talibán han cobijado terroristas

responsables de la muerte de cerca de 5 mil personas inocentes".

En la cadena Fox News Channel el periodista Brit Hume incluso preguntó por qué los periodistas tenían que cubrir la muerte de civiles. "La pregunta que tengo -dijo Hume- es: si las bajas civiles son históricamente, por definición, una parte de la guerra, ¿deberían ser tanta noticia como lo han sido?".

La búsqueda de la legitimidad de los bombardeos sobre Afganistán contó con un elemento propagandístico fundamental: la demonización del enemigo. Tal cual sucedió durante la Guerra del Golfo de 1991 y la invasión a Irak en 2003, la magnificación y mitificación del poderío de Saddam Hussein y de los Talibán y del "ejército de 20 mil hombres de Bin Laden" sirvió para obtener legitimidad y consenso para lanzar la ofensiva militar. Como en

1991 en Kuwait, y en 2003 en Irak, la huida de los Talibán de Kabul casi sin disparar un tiro permite concluir que ambos “demonios” tenían una capacidad operativa real dentro de su territorio pero eran incapaces de enfrentarse a la primera potencia militar del mundo.

10. Al Qaeda en Irak

A comienzos de 2002 el presidente Bush sugirió que Al Qaeda e Irak estaban relacionados. Su ex escritor de discursos, David Frum, escribió un libro que describe el funcionamiento de los más altos niveles de la Casa Blanca. Según cuenta, le encargaron una frase que los ligara, y nada mejor que "el eje del mal" que apela a la memoria colectiva occidental para la cual "el eje" remite a los enemigos de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial (Alemania, Italia y Japón) de la misma manera que durante la Guerra del Golfo de 1991 los medios calificaban de "aliados" a la coalición liderada por Estados Unidos y a Saddam Hussein como la encarnación de Adolf Hitler. Como Berlín-Roma-Tokio eran el antiguo eje, qué mejor que fabricar uno nuevo también con tres países, Irak, Irán y Corea del Norte, pero esta vez como sostenes del terrorismo.

De allí en más la relación entre el régimen de Saddam Hussein y Al Qaeda pasó a ser una parte central del discurso de la Casa Blanca. El 7 de noviembre de 2002 Bush dijo que "Saddam Hussein es una amenaza porque tiene relación con Al Qaeda y la red, armada y entrenada por Saddam, podría atacar América sin dejar rastros". En su famoso discurso ante Naciones Unidas el 5 de febrero de 2003, que fue central para que muchos países apoyaran a Washington, el secretario de Estado Colin Powell afirmó que "Irak protege una red terrorista mortal liderada por Abu Musab al Zarqawi asociado con Bin Laden y Al Qaeda".

El representante demócrata de California Henry Waxman presentó un informe ante el Congreso de Estados Unidos sobre las declaraciones públicas de la administración Bush respecto de Irak. Waxman analizó 40 discursos, 26 conferencias de prensa y más de 53 entrevistas del presidente Bush, su vice Dick Cheney, el

secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el secretario de Estado Colin Powell y la asesora de Seguridad Nacional Condoleeza Rice. La conclusión del informe es contundente: mintieron deliberadamente en 237 oportunidades. Desde la afirmación de que Irak tenía armas químicas y biológicas hasta la relación de Saddam Hussein con Al Qaeda, pasando por su supuesta capacidad nuclear y su amenaza inmediata para Estados Unidos.

La ocupación norteamericana de Irak posterior a la caída de Bagdad tuvo que enfrentar desde un primer momento una inesperada resistencia, que contrastaba con la relativa facilidad con que se había desmoronado el ejército de Saddam Hussein y su famosa y feroz "Guardia Republicana". Ante esta novedosa situación los responsables del Pentágono dijeron que la resistencia era producto de los resabios del régimen saddamista, dirigida por el tirano y sus hijos desde su escondite. Una vez asesinados sus hijos y atrapado Saddam Hussein a fines de 2003, dijeron que los responsables de los sabotajes a oleoductos, redes eléctricas y los ataques a las tropas extranjeras eran los sunnitas; después los shiítas manejados desde Irán. Entremezclados con todos ellos, siempre Al Qaeda.

Durante el año 2004 Estados Unidos insistió en que Al Qaeda era responsable de casi todos los atentados producidos en Irak. A la cabeza identificó al jordano Abu Mussab Zarqawi. El politólogo Greg Weiher de Texas realizó una investigación sobre la presencia de Al Zarqawi en Irak tomando como fuentes los medios de comunicación de Estados Unidos. "Zarqawi está por todas partes y tiene la culpa de todo" tituló su artículo.

"Abu Musab Zarqawi culpado de más de 700 asesinatos en Irak" (NBC News, 03/03/04).

"Zarqawi ha advertido de ataques contra la mayoritaria población shiíta con el

objetivo de provocar una guerra civil sunnita-shiíta para arruinar los planes de

*EE.UU. de retirarse de Irak el 30 de junio" (*The Independent*, Londres, 03/03/04).*

"El Gen. John P. Abizaid dijo que las incursiones de las fuerzas de Operaciones

Especiales de EE.UU. y los esfuerzos de la policía iraquí contra

militantes

asociados con Abu Musab al- Zarqawi han impedido un importante ataque en Basora"

*(*New York Times, *03/03/04).*

"Existe creciente evidencia de que un terrorista [Zarqawi] con vínculos con Al

Qaeda estuvo detrás del atentado de esta semana en Irak" (Christian Broadcasting

Network, 04/03/04).

"Todos los soldados en Irak están buscando a Zarqawi", dice el Brigadier General

*Mark Kimmitt (*Houston Chronicle *22/02/04).*

Una investigación publicada por el *The New York Times* a comienzos de diciembre de 2005 revela que los grupos que han reivindicado ataques en Irak son tan numerosos que es imposible determinar si existe una relación entre ellos o son entidades autónomas, ya que las proclamas difundidas por internet corresponden a más de 100 agrupaciones diferentes que aseguran estar actuando en Irak. Poco importa si Zarqawi está en Irak o no; la insistencia de Washington por demostrar que la insurgencia es extranjera tiene un claro objetivo, convencer al mundo de que la mayoría de los iraquíes apoya la ocupación y que solamente un puñado de terroristas extranjeros se propone desestabilizar el "nuevo" Irak, libre y democrático. Tal cual sucedió en Vietnam y en todas las luchas de liberación nacional del siglo XIX y XX, el ocupante intenta quitarle legitimidad a la resistencia contra la ocupación, fuera ésta del tinte ideológico que fuere. Los ocupantes nunca están dispuestos a reconocer que es la ocupación extranjera la que provoca la resistencia, y Al Qaeda, en este sentido, viene como anillo al dedo. A diferencia de la primera fase que señalábamos anteriormente, y donde Estados Unidos se presentaba como víctima, la ocupación de Irak y los miles de muertos han invertido la ecuación. Sin olvidar el 11 de septiembre ahora al gobierno de Estados Unidos le cuesta presentarse como víctima, incluso para su propia población.

11. ¿Al Qaeda en América Latina?

La relación de Estados Unidos con América Latina es muy especial, por cercanía territorial y por historia común. Por eso todavía resulta emblemática aquella célebre frase enunciada en 1823 por el presidente James Monroe: “América para los americanos”, conocida luego como la “Doctrina Monroe”, donde se señalaba que cualquier intervención europea en el Hemisferio Occidental sería vista como un ataque a Estados Unidos. A fines del siglo diecinueve, el presidente Theodore Roosevelt decía que no podía permitir que Europa hiciera pie en su patio trasero (“backyard” en el original) y que tendría que actuar como policía para Occidente (“we’ll have to act as policemen for the West”). Aunque Roosevelt no usara originariamente el proverbio “hable suavemente y use un gran garrote” (“speak softly and carry a big stick”) en relación con América Latina, la diplomacia del “Gran Garrote” se convertiría luego en la quintaesencia de la política exterior estadounidense. No es el propósito de este trabajo analizar la historia de la relación entre Estados Unidos y América Latina, pero sí entender cómo cambió con los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la posterior aparición de Al Qaeda.

En América Latina la influencia y expansión de los ideales de la revolución cubana de 1959 provocaron una rápida respuesta de Estados Unidos para evitar su propagación. El eje central fue la lucha contra el comunismo y los movimientos políticos que apelaron a la lucha armada para derrocar -principalmente- regímenes dictatoriales sostenidos por la Casa Blanca. En un documento secreto del gobierno de Estados Unidos de 1962, que buscaba argumentos para invadir Cuba e influir sobre el resto de las

naciones, se decía que había que difundir la imagen del gobierno cubano como una amenaza para la paz del Hemisferio Occidental. Con la cuasi desaparición de los movimientos guerrilleros en la década de los noventa el eje de la política antiterrorista de Washington pasó a ser la lucha contra el "narcoterrorismo", la vinculación (supuesta o real) entre movimientos guerrilleros y las mafias del narcotráfico. Para el gobierno de Estados Unidos no hay diferencia entre los terroristas que secuestran candidatos presidenciales como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), los traficantes que operan los laboratorios de cocaína y protegen sus campos de coca y los campesinos que la cultivan desde hace siglos.

Desde la aparición de Al Qaeda, y muy especialmente después del 11 de septiembre, Estados Unidos ha impulsado diversas resoluciones de Naciones Unidas para que el conjunto de las naciones se pronuncie de manera tajante contra el terrorismo global, y está utilizando la amenaza, real o imaginaria, de la presencia de Al Qaeda en América Latina para lograr el apoyo de los gobiernos latinoamericanos a su intervención en Colombia a través del "Plan Colombia", la iniciativa de un mercado económico regional como el ALCA o el alineamiento con su política exterior en Irak.

La prensa latinoamericana se hace eco de estas presiones y anuncia a grandes titulares la aparición de supuestos militantes árabes de Al Qaeda. En mayo de 2004 el diario *El Panamá América* sostenía que un terrorista saudí vinculado a Al Qaeda había estado en Panamá cinco meses antes del 11 de septiembre; el 24 de agosto de 2004 *El Día* de Costa Rica titulaba "Prevención por Al Qaeda, terroristas buscarían simpatizantes en el istmo"; Televisa de México en octubre de 2004 aseguraba que, según Interpol, "Recibe Al Qaeda subsidios de Sudamérica"; en marzo de 2005 el diario *La Prensa* de Nicaragua titulaba "Honduras trampolín de Al Qaeda". Hasta ahora son titulares rimbombantes que sólo contribuyen a instalar el tema y provocar una psicosis colectiva, porque da la sensación de que Al Qaeda está en todos lados.

El lugar que ha recibido mayor atención de los medios de comunicación, los gobiernos y el Departamento de Estado, es -sin lugar a dudas- la frontera entre Paraguay, Brasil y Argentina,

conocida como “ la Triple Frontera ”. Después de los atentados terroristas contra la Embajada de Israel en Argentina en 1992 y el edificio central de la comunidad judía (AMIA) en 1994, desde la Casa Blanca se sostiene que es el centro del extremismo islámico en América Latina.

En julio de 2005 en el diario *El País* de Colombia se aseguraba que es el lugar “que despierta las mayores preocupaciones para los estrategas norteamericanos y los gobiernos de la región, especialmente a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001.” En el artículo también se señala un elemento importante para comprender el interés de la Casa Blanca en la zona: “allí se encuentran las famosas cataratas del Iguazú en medio de una fabulosa vegetación, con una de las reservas acuíferas más importantes del planeta”. Es importante señalar que los gobiernos de los tres países que comparten la “Triple Frontera” siempre han negado la presencia de grupos terroristas. El ministro de Defensa de Brasil, José Viegas Filho, afirmó de manera contundente en septiembre de 2004 que “no hubo, no ha habido ni hay indicios de actividad terrorista” en la región. Mientras fue canciller argentino, Rafael Bielsa siempre lo negó; y la canciller paraguaya, Leila Rachid, dijo en marzo de 2004 que no se podía satanizar la zona y pensar que desde allí se exporta el terrorismo a todo el mundo

Ningún organismo internacional, ningún medio de comunicación, y ni siquiera alguna dependencia del gobierno de Estados Unidos, ha encontrado una sola prueba de la presencia de grupos islámicos vinculados a algún acto terrorista.

A pesar de estos datos, después del atentado del 11 de septiembre Estados Unidos evaluó bombardear la Triple Frontera de manera unilateral y sin buscar la aprobación de Naciones Unidas para tal efecto. La comisión nacional sobre los ataques terroristas creada por el Congreso y con la firma del presidente George Bush en 2002 preparó un extenso informe respecto de las circunstancias que provocaron los ataques del martes 11 incluyendo la posibilidad de una pronta respuesta. Al final del documento, perdido entre las notas a pie de página, se cita un memorandum secreto redactado por el subsecretario de Defensa, Douglas Feith, dirigido al secretario de Defensa Donald Rumsfeld, con fecha del 20 de septiembre. Allí se sugiere “golpear a los terroristas primero fuera del Medio

Oriente, tal vez seleccionando de manera deliberada un objetivo que no estuviera ligado a Al Qaeda, como lo era Irak. Dado que los ataques de Estados Unidos se esperarían en Afganistán, un ataque en Sud América o el sudeste asiático sería una sorpresa para los terroristas”

[12].

A pesar de que los gobiernos del Mercosur siguen negando la presencia de terroristas, en diciembre de 2003 por iniciativa de Washington se encontraron en Asunción delegaciones oficiales de los gobiernos de Argentina, Brasil, Paraguay y Estados Unidos, en el marco del llamado Grupo de 3+1 sobre la seguridad en el área de la Triple Frontera, y analizaron acciones preventivas contra el terrorismo. Allí, Leila Rachid expuso que “la lucha contra el terrorismo es el primer gran test que impone el siglo XXI”.

A comienzos de 2004, J. Cofer Black, el oficial más importante de contra-terrorismo del Departamento de Estado habló en el Comité Interamericano contra el Terrorismo de la Organización de Estados Americanos (OEA) sobre las posibles amenazas en la región y afirmó que grupos como HAMAS y el Hezbolá habían llegado a la Triple Frontera para recaudar fondos y distribuir propaganda. Aunque él no pudo confirmar la presencia de Al Qaeda en América Latina dijo que siempre estaba “buscando extender sus tentáculos”.

Esta suma de datos contradictorios llevó al periodista William M. Arkin del diario *Los Angeles Times* a preguntarse si América Latina tomaría en serio a Estados Unidos a la luz de lo sucedido en Irak y los fracasos de inteligencia respecto del 11 de septiembre de 2001.

“Más importante aun -escribía- ¿no será visto Estados Unidos como una nación que utiliza los eventos del 11 de septiembre para eliminar a sus críticos y extender su imperio en todo el planeta?”.

12. El misterio de Bin Laden

Bin Laden ha tenido la extraña habilidad de tener un discurso ambivalente respecto de casi todos los grandes atentados. Por un lado los elogia como si fueran parte de su red o como si de él hubieran salido las indicaciones, y por el otro niega cualquier relación y sólo alaba a aquellos que los realizan. El 28 de septiembre de 2001, apenas dos semanas después del atentado a las Torres Gemelas, en una entrevista al diario *Ummat* de Pakistán, Bin Laden negó categóricamente su participación en el 11 de septiembre. "Ya dije que no estoy involucrado en los ataques en Estados Unidos. Como musulmán trato de evitar decir una mentira. No tuve conocimiento de estos ataques, ni considero un acto apreciable matar mujeres inocentes, niños u otros humanos. El islam prohíbe estrictamente causarle daño a inocentes mujeres, niños y otra gente. Esta práctica está prohibida incluso en el curso de una batalla".

En la entrevista realizada por Taysir Allouni en octubre de 2001 Bin Laden se refiere a las Torres Gemelas sin aceptar su participación en el atentado. Simplemente afirma que "tratamos a los otros como ellos nos tratan a nosotros. A los que matan nuestras mujeres e inocentes nosotros les matamos sus mujeres e inocentes, hasta que paren de hacerlo". En un video difundido el 26 de diciembre de 2001 por la cadena Al Yazira dice que han pasado tres meses "desde los bendecidos ataques contra la infidelidad global, contra América, la cabeza de los infieles". En otro video emitido por Al Yazira, el 29 de octubre de 2004, Bin Laden dice: "acordamos con el líder del grupo Mohammed Atta -considerado el cerebro del atentado (P.B.)- realizar todos los ataques dentro de los 20 minutos anteriores a que Bush y su administración se dieran cuenta de lo que sucedía. Y no imaginamos que el comandante en jefe de las

fuerzas armadas americanas dejaría a 50 mil de los suyos en las dos torres a la deriva cuando estaban en la urgencia de necesitar a su líder. Estaba más interesado en escuchar las historias infantiles de cabras que en preocuparse por lo que sucedía en las torres. Por lo tanto, tuvimos tres veces más de tiempo para llevar adelante el evento".

Como se puede ver, a medida que pasa el tiempo el rechazo a toda participación en el atentado a las Torres Gemelas da paso al reconocimiento de su planificación. La pregunta que queda flotando es si este cambio con el paso del tiempo no refleja justamente parte del juego retórico de Bin Laden. De todas maneras, cuesta creer que desde las montañas de Afganistán Bin Laden mantenga una estructura centralizada y jerárquica que determine qué atentados hay que realizar, dónde y cuándo. Máxime cuando las agencias de seguridad norteamericanas aseguran que Estados Unidos y sus aliados interceptan diariamente más de 650 millones señales de radar, radio, transmisiones de satélite, llamados telefónicos, faxes, mensajes de correo electrónico, etc. No existe ningún elemento que permita creer en esta centralización, sea porque es imposible desde lo material en un país vigilado por la más sofisticada tecnología norteamericana, sea porque no existen elementos políticos que así lo hagan creer. Más aún, como lo hemos señalado, Bin Laden juega con la ambivalencia de sus declaraciones que permiten creer que está detrás de todo atentado que se realiza en el mundo, pero también deja entrever que no tiene ninguna relación con ellos y que solamente alaba a los que los realizan. Esta "laxitud" lleva a que los organismos de inteligencia y los medios de comunicación rápidamente le atribuyan cualquier atentado a Al Qaeda, y también que cualquier grupo pueda formar parte de esta red inmaterial e inorgánica. A falta de una estructura partidaria "tradicional" con una dirección política reconocida, cualquiera puede "ser" Al Qaeda, y cualquiera puede ser calificado de Al Qaeda. Sencillamente, es posible levantar el teléfono, realizar una amenaza, y decir que se es Al Qaeda, sin que esto merezca el desmentido de un organismo centralizado, que, justamente, no existe. Esto es atípico, y va contra la tradición de los movimientos políticos que han utilizado (o utilizan) la lucha armada y siempre han reivindicado o negado claramente una acción. Por eso, cuando estallaron las bombas en los

trenes de Madrid en marzo de 2004 y el gobierno de José María Aznar se lo atribuyó a la organización vasca Euskadi Ta Askatasuna (ETA), rápidamente negaron todo vínculo con los hechos. Está claro que con Al Qaeda nadie desmiente nada. ¿Para qué? Si justamente es funcional que esté en todas partes. Esto provoca una psicosis colectiva, alimentada por los grandes medios, porque da la sensación de que Al Qaeda puede aparecer en cualquier lugar del planeta. El 9 de julio la cadena Televisa informaba que buscaban a miembros de Al Qaeda en México; en julio de 2002 la BBC de Londres sostenía que se había desarticulado una célula en Milán; en octubre de 2003 la Oficina Federal de lo Criminal alemana informaba que Al Qaeda "habría recibido ayuda de Alemania", y según el *Washington Post* se financia con el comercio de diamantes en Liberia. Rohan Gunaratna es más audaz al decir que Al Qaeda se diferencia de cualquier grupo terrorista anterior porque es una coalición multinacional compuesta por gente de 40 nacionalidades de 74 países.

Tomando en cuenta esta psicosis colectiva (o confusión) no se le puede atribuir cualquier acto a Al Qaeda, por más que aparezca su reivindicación. El discurso ambivalente de Bin Laden llevó a que se convirtiera -o lo convirtieran- en una figura respetada y temida. Cuando en 1996 Robert Fisk le preguntó sobre el asesinato de 24 conscriptos estadounidenses en Arabia Saudita le afirmó que constituía "una magnífica acción en la cual (él) no había tenido el honor de participar". En un artículo publicado en la revista *Time*, en junio de 2001, el periodista Tony Karo se preguntaba si Bin Laden era un mito o una realidad, ya que éste "desea que se lo responsabilice por cualquier ataque que los medios de comunicación están preparados a endilgarle". Aquí es cuando se refuerzan las teorías conspirativas y aparecen los académicos que dicen que existe una guerra no convencional y de contrainteligencia entre Al Qaeda y EE.UU. Milton Bearden, quien formó parte de la CIA durante treinta años, y estuvo en Afganistán y Sudán, sostiene que "ligar a Bin Laden a todo acto terrorista conocido en la última década, es un insulto"; pero para los norteamericanos parece haberse convertido en una obsesión. Cuando identificaron a Bin Laden como el enemigo número uno, bombardearon Afganistán y ofrecieron una recompensa de cinco millones de dólares por su

captura, no hicieron más que servirle en bandeja un héroe a los musulmanes, ahora perseguido por la primera potencia mundial. Los norteamericanos al convertir a Bin Laden en su "obsesión" lo que lograron fue que miles de musulmanes se le sumaran en Afganistán y -¿por qué no?- en otros lugares.

Desde la aparición pública de Bin Laden y Al Qaeda existe la intención de comprender su ideología, objetivos y práctica. Aunque existe un consenso generalizado de que los objetivos centrales de Bin Laden/Al Qaeda eran/son la expulsión de las tropas norteamericanas de Arabia Saudita, no es menos cierto de que existen múltiples interpretaciones respecto de sus objetivos políticos e ideológicos. Para Fred Halliday, de la London School of Economics, una de las características de Al Qaeda es su ideología híbrida, que incorpora elementos del islam sunnita, de actitudes sectarias sunnitas contra los shiítas, mezcladas con nihilismo moderno, el culto extremo al heroísmo, el autosacrificio y las armas, retórica anti-globalización y nacionalismo. Según Halliday es una ideología que tiene una incoherencia intoxicante. Vincent Canistraro, un ex jefe de operaciones de contraterrorismo de la CIA, en su testimonio frente a la Comisión de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, pocos días después del atentado a las Torres Gemelas, afirmó que "Bin Laden quiere reestablecer el Califato Islámico en todos los países musulmanes, una restauración religiosa del viejo Imperio Otomano, esta vez bajo el liderazgo del líder Talibán, el Mullah Omar. Usama ve a Estados Unidos como el principal obstáculo para concretar su objetivo".

Esta confusión respecto de su ideología y propósitos lleva a que se incluya en esta red a cualquier movimiento islámico que utiliza la violencia como arma política o que se oponga a Estados Unidos (o sea, casi todos), como si el objetivo de todos los movimientos islámicos fuera una "Yihad Global". Jonathan Spyer (un asesor de diferentes gobiernos israelíes) considera que Al Qaeda ha tejido una red de redes entrelazando movimientos islámicos de diferentes partes del mundo. Conspirativamente, incluye en esta red a grupos tan dispares como los insurgentes de Mindanao en Filipinas, de Bangladash-Myanmar, del Yemen, Somalía, Chechenia, Georgia o los ignotos Jemmah Islamiya (del sudeste asiático), al-Ittihad al-Islami (del cuerno de África), al-Ansar Mujahidin (del cáucaso), y

muchos otros. Lo que salta a la vista es que no figura ninguno de los grandes movimientos islámicos (principalmente árabes) con extensa tradición política. Por otra parte, ¿de qué le serviría un entrenamiento militar para secuestrar aviones o colocar bombas en barcos a partidos políticos de masas como el FIS en Argelia, el Hezbolá libanés o al palestino HAMAS, sólo para nombrar a algunos, cuando su objetivo político no es atacar a Estados Unidos sino provocar el cambio de régimen en sus respectivos países.

13. Conclusión

¿Es el islam el nuevo enemigo de Occidente como parecen plantearlo nuevamente los estrategas norteamericanos a pesar de que se desviven por aclarar que sólo buscan liquidar a los terroristas? ¿Es Al Qaeda el nuevo enemigo? ¿Bin Laden?

No cabe la menor duda de que la inmensa mayoría de los musulmanes y árabes tienen la sensación de que nuevamente hay una guerra contra el islam. Ésta no es una mera percepción paranoica que los nuevos y refinados discursos del presidente Bush lograrán amortiguar; menos aun después de que hiciera alusión a una "cruzada" contra el terrorismo y bautizara la operación militar en Afganistán con el nombre de "Justicia Infinita". En el mundo árabe-islámico existe el convencimiento de que hay masacres que para los occidentales pesan como montañas y que otras -en Chechenia, Bosnia, Palestina, Irak o Afganistán- pesan como plumas.

Desaparecida la Unión Soviética, la estrategia norteamericana global, que siempre visualiza una confrontación por el liderazgo hegemónico en el escenario internacional, se estructuró sobre la base de cuatro actores capaces de cuestionar el modelo de globalización actual: China, el islam, los movimientos de resistencia global y, por último, el terrorismo global, personificado ahora en Bin Laden. Más allá del debate en torno del crecimiento económico de China, a diferencia del islam y los movimientos de resistencia global, Beijing hoy no tiene pretensiones de competir con Estados Unidos respecto de un modo de vida. Esto es, no presenta su "comunismo" como alternativa a escala planetaria, y está dispuesta a "coexistir" y a adoptar el "*american way of life*", que sí es cuestionado por los movimientos islámicos y los movimientos de resistencia global, cada uno a su manera.

Paradójicamente, si bien el islam ocupó el centro de la atención intelectual y política en Estados Unidos en el primer lustro de los noventa, gran parte de los movimientos islámicos ha perdido su capacidad de movilización. Lo novedoso es que su fragmentación posibilitó la aparición de un fenómeno como el de Bin Laden, que no tiene el apoyo de movimientos sociales revolucionarios sino que más bien parece representar puntualmente los intereses de un sector de la burguesía saudí y -desde su aparición mediática- la desesperación de aquellos excluidos de la modernidad que pueden identificarse con alguien por el mero hecho de golpear a Estados Unidos.

A diferencia de Bin Laden, que aparece con proclamas políticas bastante confusas y difusas, los movimientos de resistencia global plantean una concepción alternativa de vida en todos los ámbitos. El desarrollo de estos movimientos con grandes movilizaciones en Seattle, Washington, Praga y Génova, y las simpatías que concitan -aun con su diversidad-no hacen más que ratificar el cuestionamiento de un modelo que a principios de los noventa aparecía indiscutido. Lo que los hace más peligrosos ante los estrategas de Washington es que el cuestionamiento del modelo neoliberal no nace desde la lejana y pobre periferia sino que articula la protesta entre las reivindicaciones en los países centrales y aquellos de los países periféricos. Si el ex presidente de México Ernesto Zedillo trató de desprestigiarlos al endilgarles el mote de "globalifóbicos", en esta nueva coyuntura internacional la apuesta es mayor, relacionarlos con el terrorismo y Bin Laden.

Menos de dos semanas después de los atentados de Nueva York y Washington, Robert Zoellick, el vocero de Comercio de Estados Unidos, estableció un nexo entre los atentados y la globalización al señalar que los terroristas tenían conexiones intelectuales con quienes se oponían a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y habían desatado la violencia contra las finanzas, la globalización y Estados Unidos.

Queda claro que la intención de relacionar a los responsables de los atentados del martes 11 con los movimientos de resistencia global tiene como objetivo el diseño de un Nuevo Orden Internacional económico y político con hegemonía estadounidense que no admita ningún tipo de cuestionamientos.

Como hemos visto, no es posible llegar a una definición clara respecto de Al Qaeda porque no hay acuerdo sobre su existencia; cuándo nació, quiénes la conforman, cómo, si existe un liderazgo respetado o si es una red de redes que actúa de manera independiente. El hincapié en la figura de Bin Laden lleva a que muchos analistas entiendan el "fenómeno" Bin Laden desde el terrorismo "per se" y desligado de movimientos sociales, lo que, a su vez, es retroalimentado por el propio Bin Laden y aumenta el grado de confusión respecto de cómo y por qué nació Al Qaeda, y si existe realmente. Olivier Roy, ya a comienzos de los noventa, consideraba que el significado de la yihad estaba emparentado con que no reconoce un espacio político o un Estado; por eso señalaba que la guerra moderna no tiene espacio propio o cerrado, ni en lo geográfico ni en lo social. En su opinión, como la yihad tampoco debe llegar a un resultado, los ataques tienen características demostrativas, casi exhibicionistas.

La arrolladora intervención norteamericana en el mundo árabe e islámico después de la Guerra del Golfo de 1991 y el fracaso de la mayoría de los movimientos islámicos por hacerse del poder provocaron un desencanto por la vía política tradicional e impulsaron a muchos musulmanes a sumarse a grupos sin referencias nacionales cuyo principal objetivo es cometer atentados terroristas que golpeen a Estados Unidos, con la esperanza de que éstos afecten a la primera potencia mundial y que las masas árabes y musulmanas se subleven. Pero claramente no es la evolución de los principales dirigentes de los movimientos políticos islámicos ya que ninguno de ellos abandonó su partido con inserción local para sumarse a la "guerra global" de Al Qaeda.

Como bien señala la arabista española Gema Martín Muñoz, Al-Qaeda es un fenómeno que no procede del movimiento islamista, ni siquiera del radical y violento, del cual Usama Bin Laden ni siquiera formó parte. Más categórico es el libanés Gilbert Achcar, profesor de relaciones internacionales en París: "Bin Laden es una especie de degeneración bárbara del islam".

Es muy probable que como organización operativa, estructurada, piramidal, Al Qaeda nunca haya existido, sino que se trate de una "corriente" influenciada por todo lo que Bin Laden representa; se podría decir que es una ideología o un discurso, más que una

organización política real. Por otra parte, la tesis de una Al Qaeda planetaria, transnacional, organizada, lleva a acreditar la tesis de una amenaza global, un peligro mundial cuya única respuesta es -hoy- la presencia de soldados norteamericanos en todas partes.

En otras palabras, Al Qaeda "es", en la actualidad, cualquier movimiento islámico que decida atacar a Estados Unidos y sus aliados, independientemente de si la reivindicación es pública o está adosada por los medios de comunicación. Por eso Al Qaeda no es una organización tradicional jerárquica que pueda ser destruida liquidando sus líderes o atacando sus bases, porque es más difusa, un movimiento casi posmoderno que actúa en base a la inspiración y lazos informales. Si la mayoría de los países del mundo árabe e islámico continúa gobernada por dictaduras o regímenes autoritarios, y los objetivos económicos y geopolíticos de Estados Unidos implican una intervención militar, la presencia de esto que se suele denominar Al Qaeda está garantizada.

Atrapando o matando a Bin Laden no se resuelve el problema del terrorismo. Pensar en los términos de la eliminación de una persona, que ni siquiera tiene una base social clara, representa una simplificación y una lectura unidireccional que obstaculiza la comprensión de la existencia de movimientos políticos de variado tinte ideológico que utilizan la lucha armada como arma política.

Como dice Mariano Aguirre, quien fuera director del madrileño Centro de Investigaciones por la Paz (CIP): "los gobiernos democráticos deben tener en cuenta que la miseria y desesperación en que viven millones de personas les lleva a adherirse con más facilidad a la violencia como forma de vida y como represalia contra la injusticia".

La visión del enfrentamiento entre el "bien" y el "mal" que ha presentado el presidente Bush desde el martes 11, es claramente maniquea. La globalización, que viene acompañada de una creciente desigualdad en la distribución de la riqueza, es un factor de violencia que excede civilizaciones y religiones. Por eso, lo que hay que atacar es la miseria que la engendra, y el debate, ahora, es más necesario que nunca.

Notas al pie de página:

[1] Queremos agradecer especialmente la ayuda y la lectura crítica brindadas por Gilbert Achcar, Mohsen Ali, Enrique Herszkowich, Solange Levinton, Paloma Nottebohm, Marcelo Wexsler, Luciano Zaccara y Federico Zapata. Desde ya que la responsabilidad final del contenido es del autor.

[2] Ayatollah literalmente significa "el signo de Dios". Es un título en la escala jerárquica shií que se obtiene por estudio. Jomeini lo obtuvo en la ciudad de Qom en Irán. Imam es el título shií asignado a los 12 descendientes de Ali, yerno de Mahoma e iniciador de la rama shií del islam. Honoríficamente se da el mismo título a Jomeini, por ser el fundador de la República Islámica. Para todas las ramas del islam el concepto de Imam hace referencia a un título honorífico, de respeto; por eso Jomeini prefería que lo llamaran Imam, más que Ayatollah. En la rama sunní del islam, "imam" simplemente designa al que dirige la oración en la mezquita, y no implica grado religioso alguno ya que no existe jerarquía eclesiástica en el islam sunní.

[3] Sobre este punto nos hemos explayado en Pedro Brieger, *¿Guerra Santa o lucha política? Entrevistas y debate sobre el islam*, editorial Biblos, Buenos Aires, 1996, pp. 23-53.

[4] Aunque la transliteración correcta del árabe de Partido de Dios es Jizb (partido) alá (Dios), la utilización de "Hezbolá" en los medios masivos de comunicación de habla hispana nos hace

adoptar esta acepción para facilitar la lectura.

[5] Ver Ali Muhammad Naqavi; *Islam y nacionalismo*, editorial Alborada, Buenos Aires, 1987.

[6] General Assembly Security Council, “Anex: Report of the Policy Working Group on the United Nations
and Terrorism”, August 6, 2002 http://daccessdds.un.org/doc/UNDOC/GEN/N02/512/97/IMG/N0251297.pdf?OpenElement

[7] .Hiro, Dilip; "¿Atacan los ex mujaidines de Afganistan?" (Inter Press Service- IPS; 20.11.95)

[8] Para comprender el significado de una fatwa y la autoridad competente para pronunciarla, ver el artículo “Le *mufti* et la *fatwa* en Islam” del Dr. Sami Aldeeb, responsable del derecho árabe y musulmán del Instituto Suizo de Derecho Comparado de Lausanne. En http://www.lpj.org/Nonviolence/Sami/articles/frn-articles/Mufti.htm#_ftnref37

[9] Algunas entrevistas se pueden ver en:
http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/binladen/who/interview.html;
http://www.public-action.com/911/oblintrv.html;
http://www.ishipress.com/Usamaint.htm;
http://www.adl.org/terrorism_america/bin_l.asp;
http://archives.cnn.com/2002/US/01/31/gen.binladen.interview/;
http://www.serendipity.li/wot/obl_int.htm;
http://www.robert-fisk.com/usama_interview_hamid_mir_ausaf.htm;
http://www.terrorisme.net/doc/qaida/001_ubl_interview_c.htm;
http://www.terrorisme.net/doc/qaida/001_ubl_interview_d.htm;
http://www.warriorsfortruth.com/Usama-bin-laden-interview.html;
http://www.reformpartyofmichigan.homestead.com/files/

Interview_with_Usama_Bin_Laden.htm

[10] Esto lo hemos desarrollado en Pedro Brieger, *Adónde va Nicaragua*, editorial Dialéctica, Buenos Aires, 1989.

[11] El texto completo del artículo 51 está en la Carta de las Naciones Unidas, **Capítulo VII: Acción en Caso de Amenazas a la Paz, Quebrantamientos de la Paz o Actos de Agresión**, Capítulo 51: "Ninguna disposición de esta Carta menoscabará el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un Miembro de las Naciones Unidas, hasta tanto que el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales. Las medidas tomadas por los Miembros en ejercicio del derecho de legítima defensa serán comunicadas inmediatamente al Consejo de Seguridad, y no afectarán en manera alguna la autoridad y responsabilidad del Consejo conforme a la presente Carta para ejercer en cualquier momento la acción que estime necesaria con el fin de mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales." (www.unic.org.ar)

[12] http://www.9-11commission.gov/report/911Report.pdf

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
02/10/2013